



Número 221
Diciembre 2021

HERALDOS DEL CIELO

A detailed religious figurine of the Christ Child, depicted with curly dark hair and a halo of rays. He is wearing a maroon robe with a wide white lace belt and a lace-trimmed hem. A white lamb is resting on his shoulders. The background is dark with soft pink floral bokeh.

*Como un pastor,
recogerá a sus ovejas*

Recurrid confiados a María

Un antiguo intérprete del *Cantar de los Cantares*, comentando el texto: «Apacienta mis cabritos», no encuentra inconveniente en aplicarlo a María a propósito de los pecadores.

Los pecadores, dice, son justamente llamados el rebaño de María. No, desde luego, porque Ella los quiera así, destinados a ser colocados a la izquierda del Juez, sino porque Ella los adopta para asegurarles un lugar a la derecha, transformándolos en fieles corderos. [...]

Nada vale tanto como el candor de un alma inocente. Dichosos los que, semejantes a corderos sin mancha, merecen las caricias de la Virgen de las Vírgenes, una de cuyas advocaciones es la de Divina Pastora. Pero a los pecadores les queda un inmenso consuelo: confesándose dignos, por causa de sus crímenes, de estar a la izquierda del Juez, de ellos depende el recurrir confiados a María, entrar a formar parte de su rebaño y convertirse pronto en corderos. [...]

Por muy enfermos que estemos, por desesperado que parezca el estado de nuestra alma, si queremos sanar, María nos adoptará por enfermos suyos. Y como no hay enfermedad espiritual que sea incurable en esta vida, como ninguna puede resistir al tratamiento



Reproducción

La Divina Pastora, por Miguel Cabrera
Museo Nacional de Arte, Ciudad de México

de la omnipotente Madre de Dios, Ella nos curará. Su gloria, como la de un médico hábil, brillará en proporción con la gravedad de los males de que nos haya salvado.

Después, una vez curados y arrancados a la muerte, mientras duren los peligros de una convalecencia, que será tan larga como nuestra vida, esta dulce Madre no dejará de amarnos siempre y velará sobre nosotros, como un médico sigue cuidando a sus enfermos después de su curación. Tendremos un título más para reclamar su protección. Su honor estará interesado en que perseveremos en el estado de gracia que nos ha devuelto al precio de sus súplicas y de sus dolores.

TISSOT, Joseph. «El arte de aprovechar nuestras faltas». 22.^a ed. Madrid: Palabra, 2011, pp. 156-157.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XIX, número 221, Diciembre 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

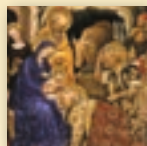
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

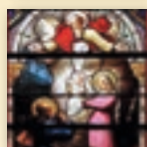
Escriben los lectores 4

*Corramos con los pastores,
al encuentro del Pastor (Editorial)* 5



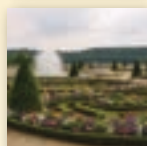
*La voz de los Papas –
En Belén el Cielo
y la tierra se tocan*

6



*Comentario al Evangelio –
En una noche mística...
inace el Salvador de la
humanidad!*

8



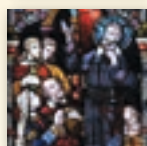
*La importancia
de examinarnos bien*

14



*El coraje según Plinio
Corrêa de Oliveira –
¿Cómo ser corajoso?*

18



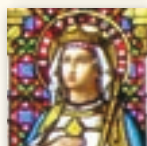
*El cancionero de San
Alfonso María de Ligorio –
¡El más músico de
los santos!*

21



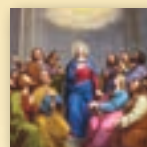
*La embriagadora alegría
de la Navidad*

24



*Santa Adelaida –
Emperatriz por la gracia...
¡y por la audacia!*

28



*Un llamamiento a la
confianza*

32



*¡Postura y ufanía
de cara a las
dificultades!*

36



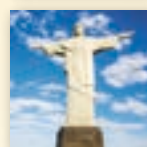
*Resignada a la voluntad
del Altísimo*

38



Heraldos en el mundo

40



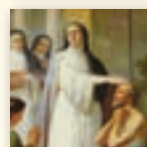
*Sucedió en la Iglesia
y en el mundo*

44



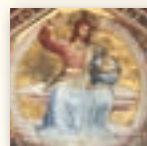
*Historia para niños... –
En busca de la
oveja perdida*

46



*Los santos de
cada día*

48



*¿A la derecha o a la
izquierda de Jesús?*

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

FORMACIÓN CATÓLICA PARA TODA LA FAMILIA

Desearía, en primer lugar, agradecer a la revista *Heraldos del Evangelio* la formación católica destinada a toda la familia, incluso a aquellos que están en la más tierna edad. Soy madre de cuatro hijos y me encanta ver cómo consigue elevar el universo de los niños con cada cuento que presenta, cultivando en los pequeños los deseos más sublimes de una vida de virtud y santidad.

La historia de la edición de noviembre último, *¡Dios sobrepasa nuestras esperanzas!*, me impresionó mucho, no sólo por mostrarle a los niños que uno no debe contentarse con una vida mediocre, sino también por recordar a los propios padres la importancia de confiar en el Señor en medio de las pruebas que nos purifican para la verdadera vida que Él quiere darnos. Lo que me encanta de cada cuento, y en especial la de ese mes, es la capacidad de las autoras de tratar temas tan serios con tanta levedad, inocencia y sentido de lo maravilloso. A nuestros hijos les gustan muchas esas historias. Enhorabuena por tener una sección de la revista dedicada a ellos.

Juliana Araújo Ferreira Rosa
Vía revistacatolica.com.br

REINA Y MADRE DE JESÚS

Me encantó el artículo acerca de María como Reina y Madre de Jesús, publicado en la edición núm. 214, bajo el título *El Dios de las venganzas se está acercando y vencerá*. Ella es nuestro vínculo con Jesús. Todo lo que se nos da, en la oración y en gracias, nos llega a través de María. Jesús no puede rechazar su intercesión. Por lo tan-

to, nos corresponde tener una relación realmente cercana con la Reina María. Ella fue concebida dentro del plan de Dios para la humanidad. Sin Ella no tendríamos la salvación que le ha sido dada al mundo, por la sangre y el agua derramados para tener entrada en el reino celestial.

Me gustaría recibir esta revista para poder reflexionar sobre esos temas, como lo hizo María mientras Jesús estaba en la tierra.

Susan Pouliot
Vía catholicmagazine.news

LA REVISTA CON LA QUE MÁS ME IDENTIFICO

Me gusta mucho esta revista. De entre las otras revistas católicas similares, es con la que más me identifico, por sus materias, como el artículo titulado *«Perfume que sube hasta mi trono»*, del pasado mes de octubre.

No sabía que podía verlas y leerlas en internet.

Valter Barros Fonseca
Vía revistacatolica.com.br

COMENTARIO DEL DR. PLINIO SOBRE EL SANTO ROSARIO

Siempre había pensado en la oración del Rosario como herramienta para interceder por otra persona, pero no recuerdo que me dijeran que, además, la persona que lo reza también recibiera gracias para penetrar en sus distintos misterios, como comenta el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira en un artículo de la edición de octubre último.

Veo que el Santo Rosario es un instrumento imprescindible para salir victoriosos en la lucha que supone nuestro camino de fe, tan lleno de obstáculos. Ahora entiendo mejor porqué Nuestra Señora insiste tanto en que lo recemos. Realmente es un instrumento de salvación. Tengamos siempre un rosario muy cerca de

nuestras manos y nuestro corazón y que sea nuestro adorno más preciado y valioso el día de nuestra muerte.

Mayte Huerta Heredero
Vía revistacatolica.org

CONFIANZA EN EL AMOR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Al iniciar la lectura del valioso artículo *Meditaciones de un niño sobre el Corazón de Jesús*, de la edición núm. 215, con sus riquezas en los detalles, nuestros corazones son invadidos por los sentimientos descritos en el texto.

Cada comentario expuesto por el alma de un pequeñito inocente nos llena aún más de admiración y amor al Sagrado Corazón de Jesús, y hace que deseemos nuevos propósitos, que rebosemos de confianza y gratitud por su inmenso amor paternal. Tales sentimientos son tan fuertes que podemos como que palparlos, por su proporción infinita y grandiosa.

Janaína Bueno
Mairiporã – SP

DIOS QUISO FUNDAR NUESTRO BRASIL CON UNA MISA

Una vez más los *Heraldos del Evangelio* nos brindan con una revista extraordinaria. Es difícil escoger qué materia es mejor. Sin embargo, me tocó más específicamente el artículo sobre el Apóstol de Brasil, San José de Anchieta, de la edición núm. 215.

Dios quiso fundar nuestro Brasil con una Misa; y si empezamos siendo católicos, necesariamente terminaremos como católicos. Recemos, por tanto, para que la actual y las futuras generaciones puedan ser máximamente fieles a ese designio divino, es decir, que nunca nos olvidemos de nuestra vocación como nación católica apostólica romana.

Juliano Bongiovanni Passos
Vía revistacatolica.com.br

CORRAMOS CON LOS PASTORES, AL ENCUENTRO DEL PASTOR

Tras la caída original, la humanidad quedó sumergida en las tinieblas de la iniquidad. Una llama, no obstante, restaba en los corazones sinceros y rectos: la esperanza de la liberación de las garras del demonio. Esta fiel expectativa está bien simbolizada en los pastores de Belén, los cuales, como centinelas de Dios, hacían guardia durante la sagrada vigilia de la Navidad.

En efecto, luego de un extenuante día de trabajo, debían vigilar madrugada adentro con confianza, para impedir cualquier asalto de ladrones o de lobos. Muy atentos a la observación de los astros, percibieron, sin embargo, que el cielo cintilaba aquella noche de forma inédita. Enseguida se les apareció un luminoso ángel, para comunicarles la llegada de la mismísima Luz de los hombres (cf. Jn 1, 14): «He aquí que os anuncio al Salvador, al Mesías, el Señor, que acaba de nacer en la ciudad de David» (cf. Lc 2, 10-11). Y a él se le unió una multitud del ejército celestial.

Después que los ángeles —pastores del Cielo— cantaron el más retumbante Gloria jamás escuchado, los pastores de la tierra marcharon apresuradamente, exclamando: «Vayamos, pues, a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado» (Lc 2, 15).

¿Habrían abandonado entonces su rebaño? No, porque guardaban no sólo animales, sino también, en su corazón, aquellas célebres palabras del salmo: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (22, 1). Por tanto, confiaban en que Dios cuidaría de sus ovejas.

Cuando llegaron al establo, se admiraron con la grandeza del divino Infante y se volvieron como «ovejas» suyas, pues entrevieron que en el pesebre se encontraba el Pastor por antonomasia, el Buen Pastor, que los conocía desde toda la eternidad y, habiéndose encarnado, se disponía a inmolar su propia vida por ellos (cf. Jn 10, 14-15).

Cristo, por su parte, cuando llama a las ovejas hacia sí, las envía a la lucha, es decir, en medio de los lobos (cf. Mt 10, 16), porque nada habrán de temer cuando están unidas enteramente a Él. Así, al intuir que el Mesías prometido era también Cordero, y henchidos por la fuerza que emanaba del contacto con el Niño Pastor, salieron prontamente por todas partes glorificando y alabando a Dios (cf. Lc 2, 20), ¡cuál pastores de almas! Se convirtieron en auténticos heraldos del Evangelio y «todos los que los oían se admiraban» (Lc 2, 18).

Pues bien, en una época tan tenebrosa como la nuestra, cuando los lobos atacan el redil por todos los flancos y los mercenarios se disfrazan de pastores, también nosotros somos invitados a correr confiados al encuentro del Buen Pastor, seguros de que Él nos acogerá con cariño en su divino regazo y nos protegerá contra las embestidas del enemigo.

Como los pastores de Belén, estamos invitados, además, a perseverar en la confianza hasta el día en que el Señor separará las cabras de sus ovejas y se formará un solo rebaño, bajo el mando de un solo Pastor. Entonces ya no habrá más noche, porque la Luz de Cristo refulgirá por los siglos de los siglos (cf. Ap 22, 5). ✧



Niño Jesús, el Buen Pastor - Iglesia del Santo Ángel, Córdoba (España)

Foto: Francisco Lecaros



En Belén el Cielo y la tierra se tocan

Llegó el momento en cierto modo esperado por toda la humanidad: que Dios se preocupase por nosotros, que el mundo alcanzara la salvación y que Él renovase todo.

«**A** María le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada» (cf. Lc 2, 6s). Estas frases, una y otra vez, nos tocan el corazón. Llegó el momento anunciado por el ángel en Nazaret: «Darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo» (Lc 1, 31). Llegó el momento que Israel esperaba desde hacía muchos siglos, durante tantas horas oscuras, el momento en cierto modo esperado por toda la humanidad con figuras todavía confusas: que Dios se preocupase por nosotros, que saliera de su ocultamiento, que el mundo alcanzara la salvación y que Él renovase todo.

Podemos imaginar con cuánta preparación interior, con cuánto amor, esperó María aquella hora. El breve inciso, «lo envolvió en pañales», nos permite vislumbrar algo de la santa alegría y del callado celo de aquella preparación. Los pañales estaban dispuestos, para que el niño se encontrara bien atendido. Pero en la posada no había sitio. En cierto modo, la humanidad espera a Dios, su cercanía. Pero cuando llega el momento, no tiene sitio para Él. [...]

«A cuantos lo recibieron...»

Juan, en su Evangelio, fijándose en lo esencial, ha profundizado en la bre-

ve referencia de San Lucas sobre la situación de Belén: «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (1, 11). Esto se refiere sobre todo a Belén: el Hijo de David fue a su ciudad, pero tuvo que nacer en un establo, porque en la posada no había sitio para Él. Se refiere también a Israel: el enviado vino a los suyos, pero no lo quisieron. En realidad, se refiere a toda la humanidad: Aquel por el que el mundo fue hecho, el Verbo creador primordial entra en el mundo, pero no se le escucha, no se le acoge. [...]

Gracias a Dios, la noticia negativa no es la única ni la última que hallamos en el Evangelio. De la misma manera que en Lucas encontramos el amor de su madre María y la fidelidad de San José, la vigilancia de los pastores y su gran alegría, y en Mateo encontramos la visita de los sabios Magos, que venían de lejos, así también nos dice Juan: «Pero a cuantos lo recibieron, les da poder para ser hijos de Dios» (Jn 1, 12). Hay quienes lo acogen y, de este modo, desde fuera, crece silenciosamente, comenzando por el establo, la nueva casa, la nueva ciudad, el mundo nuevo. [...]

Su nuevo trono es la cruz

En algunas representaciones navideñas de la Baja Edad Media y de comienzo de la Edad Moderna, el pesebre se representa como edificio más bien desvencijado. Se puede recono-

cer todavía su pasado esplendor, pero ahora está deteriorado, sus muros en ruinas; se ha convertido justamente en un establo. Aunque no tiene un fundamento histórico, esta interpretación metafórica expresa sin embargo algo de la verdad que se esconde en el misterio de la Navidad.

El trono de David, al que se había prometido una duración eterna, está vacío. Son otros los que dominan en Tierra Santa. [...] En el establo de Belén, precisamente donde estuvo el punto de partida, vuelve a comenzar la realeza davídica de un modo nuevo: en aquel niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. El nuevo trono desde el cual este David atraerá hacia sí el mundo es la cruz. [...] Pero justamente así se construye el verdadero palacio davídico, la verdadera realeza. [...] El poder que proviene de la cruz, el poder de la bondad que se entrega, ésta es la verdadera realeza.

Fiesta de la Creación renovada

El establo se transforma en palacio; precisamente a partir de este inicio, Jesús edifica la nueva gran comunidad, cuya palabra clave cantan los ángeles en el momento de su nacimiento: «Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama», hombres que ponen su voluntad en la suya, transformándose en hombres de Dios, hombres nuevos, mundo nuevo. [...]



Reproducción

La adoración de los Reyes Magos, por Gentile da Fabriano - Galleria degli Uffizi, Florencia (Italia)

Cristo no reconstruye un palacio cualquiera. Él vino para volver a dar a la Creación, al cosmos, su belleza y su dignidad: esto es lo que comienza con la Navidad y hace saltar de gozo a los ángeles. La tierra queda restablecida precisamente por el hecho de que se abre a Dios, que recibe nuevamente su verdadera luz y, en la sintonía entre voluntad humana y voluntad divina, en la unificación de lo alto con lo bajo, recupera su belleza, su dignidad. Así, pues, Navidad es la fiesta de la Creación renovada. [...]

El Cielo vino a la tierra

En el establo de Belén el Cielo y la tierra se tocan. El Cielo vino a la tierra. Por eso, de allí se difunde una luz para todos los tiempos; por eso, de allí brota la alegría y nace el canto.

Al final de nuestra meditación navideña quisiera citar una palabra extraordinaria de San Agustín. Interpretando la invocación de la oración del Señor: «Padre nuestro que estás en los Cielos», él se pregunta: ¿Qué es esto del Cielo? ¿Y dónde está el Cie-

La Navidad es la fiesta de la Creación renovada; en la unión de las alturas del Cielo con la realidad de aquí abajo, el universo recupera su dignidad

lo? Sigue una respuesta sorprendente: Que estás en los Cielos significa: en los santos y en los justos. «En verdad, Dios no se encierra en lugar alguno. Los Cielos son ciertamente los cuerpos más excelentes del mundo, pero, no obstante, son cuerpos, y no pueden ellos existir sino en algún espacio; mas, si uno se imagina que el lugar de Dios está en los Cielos, como en regiones superiores del mundo, podrá decirse que las aves son de mejor condición que nosotros, porque viven más próximas a Dios. Por otra parte, no está escrito que Dios está cerca de los

hombres elevados, o sea, de aquellos que habitan en los montes, sino que fue escrito en el salmo: “El Señor está cerca de los que tienen el corazón atribulado” (Sal 33, 19), y la tribulación propiamente pertenece a la humildad. Mas así como el pecador fue llamado “tierra”, así, por el contrario, el justo puede llamarse “Cielo”» (*Serm. in monte*, II, 5, 17).

El Cielo no pertenece a la geografía del espacio, sino a la geografía del corazón. Y el corazón de Dios, en la Noche Santa, ha descendido hasta un establo: la humildad de Dios es el Cielo. Y si salimos al encuentro de esta humildad, entonces tocamos el cielo. Entonces, se renueva también la tierra. Con la humildad de los pastores, pongámonos en camino, en esta Noche Santa, hacia el Niño en el establo. Toquemos la humildad de Dios, el corazón de Dios. Entonces su alegría nos alcanzará y hará más luminoso el mundo. Amén. ✧

Fragmentos de: BENEDICTO XVI.
Homilía en la Solemnidad de la Natividad del Señor, 25/12/2007.



Angelis David Ferreira

EVANGELIO

¹ Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. ² Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. ³ Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. ⁴ También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, ⁵ para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta.

⁶ Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.

⁸ En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. ⁹ De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. ¹⁰ El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: ¹¹ hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. ¹² Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». ¹³ De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: ¹⁴ «Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 1-14).

Adoración de los pastores - Monasterio Carmelita de Brooklyn, Nueva York

En una noche mística... inace el Salvador de la humanidad!

¿Cómo habrá sido el ambiente sobrenatural que envolvió el acontecimiento más importante de la Historia? ¡Elevemos el corazón por encima de las circunstancias humanas y consideremos la sublimidad del nacimiento del Niño Dios!



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I — LA MÍSTICA ES DADA A TODOS

La conquista de la santidad implica recorrer tanto la vía ascética como la mística. En la primera, con la finalidad de impulsar al alma a progresar en la virtud, son concedidas gracias en profusión, pero éstas nos exigen esfuerzo. Existen ocasiones, por ejemplo, en las que somos tentados y necesitamos tomar medidas concretas para evitar el pecado. A veces, alguien que carga desde hace mucho tiempo con la desdicha de ser débil en determinado punto es alcanzado por una gracia cooperante y al reflexionar sobre la eternidad y analizar su relación con Dios se da cuenta de que no está procediendo bien. Percibe, sin embargo, que no tiene fuerzas para corregirse y resuelve asumir una postura de vigilancia, sacrificio y oración, con el fin de implorar al Cielo energías para vencer tal situación. Y Dios siempre atiende. A lo largo de la Historia, cuánta gente se emendó con gracias cooperantes, o sea, a la manera ascética, rigiéndose a sí mismo con el auxilio divino.

No obstante, qué incomparable es el estado místico, en el que predomina la actuación de los dones del Espíritu Santo. Uno experimenta en el fondo de su alma quién es Dios y su misma fuerza, por la acción de gracias operantes y eficaces. Al

ser el alma movida por Dios, no puede rechazar esas gracias que logran, incluso, doblar a la criatura humana hasta el punto de hacerla cambiar de vida. Al alma favorecida por tales gracias le cabe solamente dejarse llevar «sin resistencia de los toques y soplos del Espíritu Santificador, que, como a un instrumento músico muy afinado, a su gusto la maneja, arrancando de ella divinas melodías».¹

Es incontable el número de los santos que abrazaron su vocación como consecuencia de gracias de este género. La conversión de San Agustín bien lo ilustra.² Después de una juventud marcada por graves errores doctrinarios y morales —pero regada por las lágrimas de su madre, Santa Mónica—, recibió una gracia en la convivencia con San Ambrosio, en virtud de la cual su existencia tomó un rumbo totalmente diferente.

También vemos cómo San Juan Bosco, pocos meses antes de su muerte, mientras celebraba Misa en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, de Roma, irrumpe en un llanto incontrolable que le obligaba a parar varias veces el Santo Sacrificio. ¿Qué era lo que le sucedía? En su infancia había tenido un sueño profético, cuyo sentido no comprendía, en el que la Virgen le decía: «Un día, en su momento, lo entenderás».³ Y duran-

*Al alma
favorecida
por gracias
místicas
le cabe
solamente
dejarse llevar
de los toques
y soplos del
Espíritu
Santificador*

*Si el Niño
Jesús hubiera
nacido en
un palacio
suntuoso,
muchos se
detendrían
en la contem-
plación del
edificio
y relegarían
al Salvador
a un segundo
plano*

te esa Misa, muchas décadas después, fue cuando, al echar una mirada a su pasado, le volvieron las imágenes de aquel sueño y vio cómo su vocación estaba allí delineada. La Providencia se sirvió de este medio no sólo para indicarle la dirección que debía seguir, sino también para concederle, ya al final de su vida, una gracia mística que lo colmase de alegría al ver realizados los designios de Dios a su respecto.

Podríamos extraer aún de la hagiografía un vasto elenco de episodios en ese sentido. Pero la mística no es un privilegio de los santos de altar, ni de los grandes contemplativos. También el común de los fieles tiene esas mociones interiores. ¿Quién no ha experimentado nunca, en algún momento, las consolaciones de la gracia? A veces nos encontramos con personas que, iluminadas por un rayo de luz divina, renuncian a hábitos pecaminosos para abrazar criterios nuevos, conformes a la fe. Si dependiera sólo de la voluntad humana, pocos se convertirían... Y si la mística no acompañase a los que inician el camino de la perfección, ¿quién perseveraría hasta el final?

Ahora bien, Dios tiene por costumbre derramar esas gracias, sobre todo cuando quiere preparar a las almas para grandes acontecimientos. ¿Qué favores místicos no habrá dado a aquellos

que acompañaron de cerca el acontecimiento central de la Historia, esto es, el nacimiento de Jesucristo?

En la noche de Navidad, al iniciarse la Misa del Gallo, el Niño Jesús nace mística y litúrgicamente —al igual que hace dos mil años en Belén—, y viene a nosotros sacramentalmente, en el Misterio Eucarístico. He aquí una excelente ocasión para que meditemos sobre la atmósfera de gracias que circundaba el pesebre cuando María «dio a luz a su hijo primogénito».

II – LA NAVIDAD CONTEMPLADA DESDE EL PRISMA DE LA MÍSTICA

Al leer el sencillo relato de San Lucas, propuesto por la liturgia para esta celebración,⁴ es normal que surja en nuestro interior un interrogante: ¿era posible que Dios se encarnase y naciese de una forma tan milagrosa, abandonando el seno de María sin tocar en ninguna de las paredes de ese altísimo tabernáculo, y que este acontecimiento no estuviese cercado de fenómenos místicos extraordinarios? ¿Se llevaría a cabo en un ambiente de pura pobreza, únicamente en compañía de animales?

Consideremos a María. «¿Qué lengua será capaz, aunque sea angélica, de ensalzar con dignas alabanzas a la Virgen Madre, y Madre no de cualquiera, sino de Dios? [...] Digna ciertamente de que el Señor fijara en Ella su mirada, de que el Rey de reyes deseara su hermosura y de que con su olor suavísimo lo atrajese a sí desde aquel eterno reposo en el paterno seno».⁵ La Anunciación, nueve meses antes de la Natividad del Niño Jesús, fue un episodio que nos indica la elevada clave mística en la que transcurrió toda su vida. Ciertamente su infancia y su juventud estuvieron impregnadas de consolaciones, arrobamientos y gracias eficaces, que culminaron en el momento en que San Gabriel la visita para revelarle la Encarnación del Verbo.

En función de esto, sería poco razonable suponer que, en la inminencia de dar a luz al divino Redentor, estuviese do-



Vísperas del nacimiento de Cristo, por Michael Rieser
Palacio Dorotheum, Viena

minada por aflicciones humanas, preocupada con los aspectos concretos de la situación en la que se encontraba. Tanto más que, exenta del pecado original, el parto habría de ser completamente diferente, no sólo indoloro y libre de las dificultades habituales de la naturaleza, sino asistido también por la máxima cantidad de gracias que aquella circunstancia comportaba —como fue, por cierto, cada uno de los instantes de su existencia terrena.

Una escena concebida por Dios con la mayor belleza posible

Por lo tanto, sirve para este acontecimiento la ley inversa que San Ignacio⁶ propone para la meditación sobre el infierno en los *Ejercicios Espirituales*. Según él, debemos concebir este lugar de tormentos de la forma más horrorosa posible, opuesta a todos nuestros deseos y placeres, y aun así no tendremos una noción exacta de aquella terrible realidad.

Con relación al nacimiento de Jesús podemos decir lo contrario: la escena más hermosa que podamos imaginar siempre será inferior a lo que de hecho ocurrió, porque nuestra mente jamás alcanzará la plenitud infinita de la inteligencia divina que lo planeó todo de la forma más perfecta. Sería una blasfemia pensar que Dios Padre, habiendo proyectado desde toda la eternidad la venida de su Hijo al mundo, hubiera sido descuidado.

Cabe aquí otra pregunta: ¿Por qué eligió entonces una gruta? Dios quiso dejar muy claro, para beneficio de la humanidad y gloria de su Unigénito, el contraste entre los aspectos humanos y los divinos de la Navidad, con la finalidad de evitar que prestásemos más atención en aquellos que en éstos. Nuestra naturaleza se volvió tan ruda después del pecado original que si el Niño Jesús hubiera nacido en un palacio suntuoso mucha gente se detendría a admirar el edificio, relegando al Salvador a un segundo plano. La gruta, el buey y la mula, e incluso la ausencia de testigos, aparte de María y José, fueron elementos providenciales para hacer brillar de modo especial la divinidad de Cristo.

María y José en la expectativa de la llegada del Niño Dios

Como no existe una descripción más detallada de la escena, nos es permitido componerla sirvién-



San José se postra ante el Niño Jesús recién nacido
Iglesia Saint-Sauveur, Plancoët (Francia)

donos de nuestra imaginación. Meditemos sobre San José, un varón asistido por gracias especialísimas, inherentes a su elevada misión y, tal vez, también por el discernimiento de los espíritus. En cierto momento percibe que María está entrando en contemplación y que, poco a poco, se va desprendiendo de la sensibilidad terrena. En este extraordinario recogimiento, se abstrae de todas las cosas de su alrededor: lo mismo podía ser una gruta como un palacio, una cuna de oro o un pesebre. Lo importante era, eso sí, la divinidad del Niño que estaba en su seno purísimo y en contacto con Ella, diciéndole, casi lamentándose, que en breve abandonaría tan amado tabernáculo para reposar en sus brazos virginales. Claro está, Él nunca cesará después de favorecerla y de tener un altísimo relacionamiento con Ella.

Así, envuelta cada vez más en el misterio de la Encarnación y nacimiento del Verbo Eterno —uno de los principales misterios de nuestra fe—, la Santísima Virgen está ansiosa por ver la fisionomía de Dios hecho hombre, e iba a ser la única criatura sobre la faz de la tierra que podrá llamarlo Hijo y, al mismo tiempo, adorarlo con todas las fuerzas de su alma. También es la única Madre que puede hacer esto con relación a su propio Hijo sin caer en la idolatría, y hasta, por el contrario, como acto de perfección. Dice San Lorenzo de Brindis, que «Dios exaltó a María no sólo por en-

San José, encantado y entusiasmado por gracias eficaces, ya no se preocupa con las circunstancias precarias que circundan el nacimiento del Salvador

*La llegada
del Salvador
rasgó la
obra de
Satanás, que
dominaba la
Antigüedad,
y reprimió la
proyección
que el mal
tenía sobre la
tierra hasta
ese momento*

cima de todas las criaturas terrenas y celestes, sobre los ángeles y los hombres; sino que, incluso si Él hubiese de crear un número indefinido de otros espíritus sublimes, superiores incluso a los querubines y serafines, en esta misma hipótesis, María Virgen, por el hecho de ser Esposa de Dios y Madre de Cristo, todavía continuaría siendo superior con mucho a todos ellos». ⁷ En vista de esto, la adoración tributada por la Virgen al Niño Jesús en el primer instante en que su mirada posó sobre Él, fue mayor que la suma de todos los actos de adoración prestados por el conjunto de los ángeles y de los bienaventurados y por los hombres en el curso de la Historia, hasta el final de los tiempos.

Cabe conjeturar que todo eso habría creado un clima tan elevado dentro de la gruta, que las lámparas materiales dispuestas para iluminar el ambiente se habrían vuelto inútiles... De la Virgen Santísima debía emanar una luz indescriptible.

San José contempla, lleno de júbilo, aquella luz que, tenue al principio, aumentaba de intensidad. Entiende perfectamente, en virtud de su incomparable fe, que el Creador del sol y de las estrellas no podía nacer en las tinieblas. Cristo es la Luz que viene al mundo, y aun en el claustro materno de María, ilumina la gruta como si allí brillase el sol del mediodía. Por cierto, tal vez sea ésa una de las razones por las que la gruta fue un elemento indispensable... para contener algo de ese fulgor, porque de lo contrario causaría asombro en todo el orbe. Y San José se queda tan encantado y entusiasmado, tan arrebatado por gracias eficaces, que, a semejanza de su esposa santísima, ya no se preocupa con las circunstancias precarias que lo circundan.

Y si los ángeles cantaron a los pastores, ¿por qué no lo harían también con San José cuando nació el Niño Jesús? ¡Es evidente que así habría sido! Y si Jesús le prometió a Natanael: «Veréis el Cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre» (Jn 1, 51), ¿por qué San José no habría de ver los coros angélicos uniendo la gruta con el Cielo?

Podríamos extendernos a través de infinitas páginas elaborando consideraciones sobre la vigilia de aquella primera Navidad, cuando María Santísima y San José se preparaban para acoger al Niño Dios. Para concluir nuestra meditación, reflexionemos en los efectos producidos por ese acontecimiento inigualable.

III – ÉL NOS TRAJO LA SALVACIÓN

Muy significativo es el pensamiento que nos sugiere la segunda lectura (Tit 2, 11-14), extraída de la Epístola de San Pablo a Tito: «Pues se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres» (2, 11). Si, por un lado, es difícil que nos hagamos una idea acertada de la situación de la humanidad antes de la Encarnación del Verbo, por otro, basta tener la experiencia de la acción de la gracia para concebir que, por el simple hecho de nacer, Cristo otorgó al mundo un beneficio incalculable. Al analizar la Historia comprobamos cuán eficaz es la influencia de un santo en la sociedad. Ahora bien, qué habrá significado el nacimiento del Santo con «S» mayúscula, Santo por esencia, Dios, Creador y Redentor nuestro. Si Jesús ofreciese al Padre una sonrisa, un movimiento del brazo, un pestañear o un acto de voluntad en reparación de nuestros pecados, sería suficiente para operar la Redención. Por eso, la llegada del Salvador, en sí, rasgó la obra de Satanás, que dominaba la Antigüedad, y reprimió la proyección que el mal tenía sobre la tierra hasta ese momento, como bien observa San Andrés de Creta: «El que, por su naturaleza, es misericordioso determinó justamente que su Hijo unigénito se manifestara con nuestra propia naturaleza, para condenar a nuestro adversario».⁸

Jesús nos fortalece para que cambiemos de vida

En los versículos siguientes, San Pablo subraya el papel de la gracia que Jesús ha traído: «enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y a los

¹ GONZÁLEZ ARINTE-RO, OP, Juan. *Cuestiones místicas, o sea, las alturas de la contemplación y el ideal cristiano*. 3.ª ed. Salamanca: San Esteban, 1927, p. 664.

² Cf. SAN AGUSTÍN. *Confessionum*. L. V,

c. 13-14, nn. 23-25. In: *Obras*. 7.ª ed. Madrid: BAC, 1979, v. II, pp. 216-219.

³ AUFRAY, Augustin. *Un grand éducateur: le Bienheureux Don Bosco*. Paris: Emmanuel Vitte, 1929, p. 504.

⁴ El presente artículo busca complementar los comentarios a este Evangelio ya publicados anteriormente. Véase: CLÁDIAS, EP, João Scognamiglio. «O Evangelho do nascimento do Menino Jesus». In: *Arautos*

do Evangelho. São Paulo. N.º 1 (ene, 2002); pp. 7-9; «Lux in tenebris lucet». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. N.º 41 (dic, 2006); pp. 10-17; Comentarios al Evangelio de la Misa de la Noche de la Natividad del

deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (Tit 2, 12-13). En el original griego, el verbo enseñar posee una connotación que va más allá del concepto de la mera transmisión de una doctrina, e incluye también la noción de dar fuerza, de infundir la capacidad de practicar lo que se aprendió, a la manera del águila cuando entrena a sus crías para el vuelo. La enseñanza que da la gracia penetra con vigor en lo más profundo del alma y, al hacernos amar lo que entendemos, nos vuelve aptos para practicarlo. Por lo tanto, nuestra inteligencia no puede abarcar esa mudanza que Jesús introdujo en la faz de la tierra. Necesitaríamos ojos divinos para contemplar todo el proceso histórico después del pecado original, desde Adán y Eva hasta el nacimiento del Redentor, y, a partir de aquí, la irradiación de la gracia, enseñando e infundiendo fortaleza a las personas para cambiar de mentalidad. No es diferente lo que el Apóstol resalta en el último versículo presentado en la segunda lectura: «El cual se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, dedicado enteramente a las buenas obras» (Tit 2, 14).

La victoria comprada por el Niño Jesús al nacer en Belén

En este siglo XXI, en donde el mal se muestra con ostentación en la cúspide del mundo y prolifera

con un dinamismo y delirio avasallador, Jesús continúa realizando su misión, pues a su obra no se le aplican las leyes de la botánica, en las que, plantada la semilla, el vegetal crece, da frutos y, completado su desarrollo, comienza a mustiarse. En el árbol divino plantado por el Salvador, o sea, la Iglesia, siempre brotarán nuevas maravillas, y cada vez más potentes. La terrible decadencia que hoy constatamos en la humanidad es para nosotros un signo de que habrá en nuestros días una gran manifestación del poder de Dios, sin precedentes en la Historia. La Redención obrada en el Calvario producirá ahora frutos más excelentes y numerosos que en la época en que fue consumada.

Ésta es la impostación de alma con la que debemos considerar la Navidad: mucha esperanza —y, por qué no decirlo, icerteza!— de que el Niño Jesús quiere concedernos a cada uno de nosotros la fuerza para abrazar el bien. Por consiguiente, no nos preocupemos con nuestra flaqueza, porque cuanto mayor sea, mayor será su acción sobre nosotros. Somos un campo donde Jesucristo va a demostrar su poder. Cuando observamos al Divino Infante representado en los belenes, vemos por un lado la debilidad de la naturaleza humana y, por otro, su omnipotencia. Lo mismo nosotros: somos un receptáculo del poder de Dios que se manifiesta, sobre todo, en nuestra miseria y en nuestro nada. Llenémonos, entonces, de júbilo y confiemos en la voz del ángel que proclama: «Os anuncio una buena noticia». ✧



Sergio Holmann

Niño Jesús de Viena - Capilla del Alcázar de Segovia (España)

Que en esta Navidad nuestras almas estén repletas de esperanza —y, por qué no decirlo, icerteza!— de que el Niño Jesús quiere concedernos a cada uno de nosotros la fuerza para abrazar el bien

Señor – Ciclos A y C, en los volúmenes I y V, respectivamente, de la colección *Lo inédito sobre los Evangelios*.

⁵ SAN BERNARDO. Sermones de Santos. En la Asunción de la Virgen María. Sermón IV,

nn. 5; 7. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1953, v. I, p. 722.

⁶ Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA. Ejercicios espirituales. Segunda semana, n.65-72. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1952, pp. 173-174.

⁷ SAN LORENZO DE BRINDIS. Alabanzas e invocaciones a la Virgen Madre de Dios. El «Ave-María». Saludo del ángel a la Virgen. Sermón III, n.º 4. In: *Marial*. Madrid: BAC, 2004, pp. 187-188.

⁸ SAN ANDRÉS DE Creta. Homilía V. En la Anunciación de la Santísima Madre de Dios y Señora nuestra. In: *Homilías Marianas*. Madrid: Ciudad Nueva, 1995, p. 101.

La importancia de examinarnos bien

A semejanza de un jardín, la vida espiritual requiere un cuidado continuo, pues los defectos pueden nacer en los lugares más recónditos y de las formas más inesperadas, ahogando las flores y los frutos de la virtud que Dios quiere cultivar en nosotros.

João Paulo de Oliveira Bueno



Una de las más célebres divisas de la filosofía antigua es, ciertamente, «conóce-te a ti mismo». Este aforismo, atribuido al filósofo ateniense Sócrates, nos lleva a prestar atención en una verdad poco recordada, en general: la importancia de considerarnos siempre según nuestro valor real.

Un episodio de la vida del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira podrá ayudarnos a comprenderlo mejor.

¿Qué diferencia al hombre libre de un delincuente?

Desde muy joven, el Dr. Plinio brilló por su talento como orador y por

tal motivo era llamado con frecuencia a que hiciera discursos en ambientes de los más variados. En una ocasión lo invitaron a que diese una conferencia de preparación para la Comunión Pascual en la Penitenciaría de Carandiru, antigua prisión de la ciudad de São Paulo, experiencia bastante inusual para quien provenía de la alta sociedad paulista y se había acostumbrado a la convivencia en círculos aristocráticos.

A la entrada, enseguida uno de los directores de la cárcel le advirtió sobre los riesgos existentes en aquel sitio y le recomendó vigilancia. De cualquier manera, el joven confe-

renciante ingresó allí decidido, especialmente atraído por la oportunidad que se le presentaba de poner en práctica su propensión hacia el análisis psicológico. Y cuál no fue su sor-



*Detrás de las rejas,
las fisonomías
eran corrientes...
¿Qué diferencia
a un criminal de
las personas que
circulan por la calle?*



Penitenciaría de Carandiru, São Paulo; arriba, algunos presos en la década de 1930

Fotos: ACMSP (PF-04.03.01)



Sergio Hollmann

Jardín del palacio de Versalles (Francia)

presa al encontrarse, detrás de las rejas, con fisonomías muy semejantes a las de las personas que veía todos los días circulando por las calles, más de lo que imaginaba... Discernió, al mismo tiempo, que estas se diferenciaban de los detenidos en un punto específico, el cual le vino a la mente durante el discurso, a la manera de conclusión inequívoca: los individuos libres hacían, aunque discreta e imperfectamente, breves exámenes de conciencia a lo largo de sus vidas; los que estaban en la prisión, por el contrario, nunca se habían analizado así, lo que les llevó a caer en los crímenes por los cuales sufrían una justa pena.

Según una comparación que hacía el propio Dr. Plinio, las faltas se asemejan a cargas de pólvora que se acumulan en nuestras almas: quien nunca se analiza, corre el riesgo de que el peligroso material vaya aumentando en tal cantidad que una pequeña chispa acabe detonando un desastre inimaginable.

Excelente medio de progreso espiritual

Alguien podría objetar que los ejercicios de piedad y de perfección

Si no somos vigilantes, el jardín de nuestra alma se puede convertir en un campo de abrojos; para evitarlo, hagamos un buen examen de conciencia

espiritual —entre ellos el examen de conciencia—, o incluso los sacramentos, suenan hoy a anacrónicos. No obstante, tal juicio nace, muy probablemente, de la mala comprensión de esas prácticas saludables.

En palabras de cierto sacerdote jesuita, «para combatir la muerte, comemos todos los días; para reparar la fatiga, dormimos. ¡Este doble remedio es muy antiguo! ¿Vas a dejarlo de lado so pretexto de ser una antigüalla?»¹ Ahora bien, si tenemos a nuestra disposición medios excelentes, de eficacia jamás contestada, para progresar en la vida sobre-

natural, ¿por qué no nos valemos de ellos?

El alma humana: ¿con qué compararla?

Mucho se engaña quien piensa que nuestra alma es como un vehículo que sólo de vez en cuando necesita una revisión... La vida espiritual, por el contrario, se asemeja a un jardín que requiere un cuidado continuo, pues los defectos pueden nacer en los lugares más recónditos y de las formas más inesperadas.

Los que ya se han dedicado a la botánica conocen muy bien cierto tipo de planta especialmente combatida: la maleza. Sobre todo, en países tropicales, como Brasil, cuyo suelo fertilísimo da hasta lo que no se espera, iones vegetales «enemigos» se propagan con una rapidez espantosa!

Una gran analogía podemos establecer entre esa realidad natural y el alma humana. Si no tomamos cuidado, los vicios sofocan las flores y los frutos de la virtud y vuelven nuestras almas semejantes «a la tierra del perezoso» descrito en el Libro de los Proverbios: «Pasé junto al campo del holgazán, crucé por la viña del insensato:

todo lo tapaban los espinos, la maleza cubría su extensión; la cerca de piedra, por el suelo. Al verlo me puse a pensar; al mirarlo saqué esta lección: duermes a ratos o cabeceas, cruzas los brazos y a descansar, y te llega la miseria del vagabundo, te sobreviene la pobreza del mendigo» (24, 30-34).

Ante esta implacable realidad, tenemos a nuestro alcance el auxilio del examen de conciencia que, si es bien hecho —y no sólo semanal o mensual, sino diariamente—, puede alcanzar grandes y excelentes resultados. Unos pocos minutos son suficientes para hacer con provecho un análisis cotidiano de nuestra propia conciencia.

El examen general de la conciencia

En su libro *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* —obra que, en el decir de San Antonio María Claret, había llevado más almas al Cielo que estrellas tiene el firmamento²— el P. Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, nos ofrece un primoroso tratado sobre el examen de conciencia, con enseñanzas de índole eminentemente ignaciana.³ Entre ellos está la distinción entre el examen *general* y el *particular*.

El *examen general* versa sobre todas las acciones de un día o de un período. Es el que hacemos antes de la confesión sacramental. Consta de cinco puntos o partes. Al recogerlos para hacerlo, en primer lugar, damos gracias a Dios por los beneficios recibidos —cosa muy útil para contrastar la bondad y liberalidad de Nuestro Señor para con nuestra maldad e indolencia.

Después le pedimos que nos auxilie a conocer nuestras faltas y pecados. El Dr. Plinio utilizaba un ejemplo muy peculiar para evidenciar la importancia de analizarnos con exactitud: no existe un cirujano en el mundo que ose hacer una operación en la oscuridad; y cuando se trata del examen de conciencia, somos al mis-

mo tiempo cirujanos y pacientes. Por eso debemos pedir —por cierto, no solamente en ese momento, sino continuamente— la gracia de ser iluminados para conocernos bien: «Señor, que recobre la vista» (Lc 18, 41). ¿Cómo, pues, habremos de corregir defectos que no conocemos o conocemos mal?

*La finalidad
del examen general
consiste en
ver y acusar
el principio del
cual derivan
nuestras faltas*

El tercer paso consiste en la consideración de las faltas cometidas desde la última confesión; el cuarto, en la petición de perdón a Dios, nuestro Señor, por nuestras culpas, condoliéndonos y arrepintiéndonos de ellas. Podemos repasar los Mandamientos o los consejos evangélicos con el auxilio de una lista o un elenco de faltas, encontrando dónde caímos y ofendimos a Dios. Finalmente, hacemos propósito de no pecar más, con el auxilio de la gracia divina, y terminamos con alguna oración breve —un padrenuestro o una avemaría, por ejemplo.

Jerarquía de valores

Conviene destacar que toda la fuerza de este examen se halla en los dos últimos puntos: el arrepentimiento sincero y la decisión de no pecar más. De ellos nos vienen los más preciosos frutos de perfección que tal hábito puede proporcionarle al alma y, dígame de paso, se trata de dos exigencias indispensables para el sacramento de la confesión.

La finalidad del examen general, como defiende el P. Garrigou-Lagrange,⁴ no está principalmente en la enumeración completa y exhaustiva de faltas veniales, sino en el ver y acusar con sinceridad el principio del cual ellas derivan para nosotros. Al respecto, el Dr. Plinio afirma: «Un examen de conciencia bien hecho debe incluir no sólo los actos pecaminosos, sino las tendencias que nos llevan a practicar esos actos. Porque es necesario cortar la raíz del mal, para que el mal no suceda».⁵

El P. Alonso Rodríguez⁶ —y aquí nos remitimos una vez más a las figuras del reino vegetal— explica que si arrancamos la raíz de la mala hierba, enseguida toda la planta se marchitará y secará. Pero si solamente podamos las ramas y dejamos las raíces en la tierra, en poco tiempo tornará a brotar y crecer más.

El examen particular

Por otra parte, se suele decir que «quien mucho abarca, poco aprieta». Y por eso San Ignacio de Loyola le daba mayor importancia al denominado *examen particular* que al examen general, pues nos permite tomar nuestros defectos uno tras otro y vencerlos más fácilmente. Además, luchar para dominar un vicio es pelear contra todos.

Al pueblo de Israel, cuando se encontraba ante naciones enemigas, Dios le animaba diciendo: «No tiembles ante ellos, pues en medio de ti está el Señor, tu Dios, un Dios grande y terrible. El Señor, tu Dios, irá arrojando delante de ti a esas naciones poco a poco. No debes exterminarlas de golpe» (Dt 7, 21-22). Suele ocurrir algo similar con las imperfecciones de nuestra alma. Dios quiere de nosotros una lucha reñida contra nuestros defectos, pero nos alerta de que seremos más exitosos si atacamos enemigos específicos y perseveramos en la lucha contra ellos, hasta derrotarlos por completo: «Yo perse-

guía al enemigo hasta alcanzarlo, y no me volvía sin haberlo aniquilado: los derroté, y no pudieron rehacerse, cayeron bajo mis pies» (Sal 17, 38-39).

El método de acción

Procedemos en nuestro examen particular con el mismo método del examen general. En cuanto a la materia a escoger, según apunta el P. Alonso Rodríguez,⁷ esta debe empezar por las faltas exteriores que incomodan y desedifican al prójimo, aunque haya otros defectos interiores mayores, pues la razón y la caridad piden que comencemos por aquello que puede causar perjuicio a los demás, y vivamos de tal forma que no tengan quejas de nosotros. Pero no hemos de persistir en el combate contra las fallas externas de por vida: más fáciles de vencer, precisamos desembarazarnos de ellas tanto como sea posible, para iniciar la lucha contra las imperfecciones interiores.

Con relación a estas últimas, lo ideal es que tomemos una virtud que creamos sea más necesaria cultivar —la cual presupone un vicio contrario a combatir— y la dividamos en puntos concretos, que se volverán fáciles de analizar. Sería, pues, un error tomar una resolución como: «Seré humilde en todo y extirparé el orgullo de mi alma». A pesar de tratarse de un óptimo deseo, dicha resolución comprende muchas otras actitudes y disposiciones, y aportaría poco provecho espiritual trabajar



San Ignacio de Loyola - Casa Madre de los Heraldos del Evangelio, São Paulo

San Ignacio de Loyola le daba gran importancia al examen particular, pues nos ayuda a vencer nuestros defectos uno tras otro

con algo tan genérico. Es mucho más conveniente escoger puntos como: «No diré palabras que redunden en mi alabanza», o bien: «Cortaré enseguida pensamientos vanos y sober-

bios que toquen a mi honra», propósitos concretos, cuyo cumplimiento o inobservancia es fácilmente perceptible.

¿Cuánto debe durar el combate a un punto?

Sabemos que las pasiones son inherentes a la naturaleza humana y es imposible erradicarlas por completo. Si esperásemos que el ímpetu ocasionado por una determinada pasión —como la cólera o la envidia, por ejemplo— dejara de ser sentido por nosotros, nunca cambiaríamos la materia del examen.

Nuestra lucha contra el vicio debe continuar hasta que se vea debilitado y podamos refrenarlo con presteza y facilidad.

Veremos así con cuánto provecho y beneficio serán empleados algunos minutos de nuestro día, y cuán leve irá haciéndose el análisis de nuestras propias actitudes internas y externas.

El examen de conciencia es un excelente medio de perfeccionarnos como seres humanos y, sobre todo, como hijos de Dios, porque como afirma un célebre tratadista: «Si no nos conocemos a nosotros mismos, es moralmente imposible que nos perfeccionemos».⁸

Verdaderamente corajoso es aquel que sabe ver de frente sus indigencias, sus miserias y su propia incapacidad de practicar la virtud sin el auxilio de la gracia, y sin ocultárselas a Dios ni a sí mismo. Este alcanzará la verdadera santidad. ✧

¹ HOORNAERT, Georges. *O combate da pureza*. São Caetano do Sul: Santa Cruz, 2021, p. 177.

² Cf. MOLINA, SJ, Rodrigo. Prólogo. In: RODRÍGUEZ, SJ, Alonso. *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*. Madrid: Testimonio, 1985, p. 6.

³ Cabe observar que las consideraciones del P. Alonso, aunque van dirigidas a religiosos, se aplican a todos aquellos que quieran andar por el camino de la santidad, cosa propia a cualquier estado o régimen de vida (cf. CCE 2013).

⁴ Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, Réginald. *As três idades da vida interior*. São Paulo: Cultor de Livros, 2018, v. I, p. 371.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 11/3/1992.

⁶ Cf. RODRÍGUEZ, SJ, Alonso. *Exercícios de perfeição e virtudes cristãs*. São Paulo: Cultor de Livros, 2017, v. I, p. 403.

⁷ Ídem, pp. 403-407.

⁸ TANQUERREY, Adolphe. *Compêndio de Teologia Ascética e Mística*. São Paulo: Cultor de Livros, 2017, p. 250.

¿Cómo ser corajoso?

Todos deberían enfrentar las luchas de la vida con coraje; ¿pero cómo practicar esa virtud sin siquiera entender en qué consiste?



John Sunny Konikkara

Los acontecimientos que vienen agitando el mundo, como la pandemia, las catástrofes naturales, los disturbios políticos, los conflictos armados, la crisis en la Santa Iglesia e incluso las discutibles soluciones presentadas por las autoridades para intentar resolver esos problemas, han provocado entre las personas las más diversas reacciones. No obstante, hay un denominador común en la mayoría de ellas: el miedo y, no raramente, hasta el pánico...

Para no ceder al desánimo ante ese cuadro tan sombrío, hemos de enfrentar la vida y sus dificultades con coraje. Pero ¿cómo ser animoso, esforzado, valeroso, en una palabra: *corajoso*? Para responder a esta pregunta es necesario que antes entendamos qué *no* es el coraje.

Una falsa noción de coraje

Difícilmente habrá quien no haya visto nunca en su vida un producto falsificado. De hecho, ciertos comercios están repletos de objetos sin valor que son muy semejantes —en las apariencias— a los de gran calidad. Sin embargo, tras un corto período de uso suelen dañarse y, a menudo, causarle un perjuicio a su propietario...

Por una infeliz coincidencia, el mismo fenómeno ocurre en el campo espiritual: junto con las virtudes auténticas, encontramos falseamientos de ellas. Y, como señalaba en cierta ocasión el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira,¹ con el coraje no podía ser diferente. Uno de los obstáculos más grandes para poder practicarlo es la difusión de una concepción falsa al respecto que, frecuentemente, nos quieren vender...

Así, un soldado que afronta la muerte para defender su patria es un héroe; pero un ladrón que corre el mismo riesgo con vistas a asaltar un banco no es más que un miserable delincuente. El que desafía los peli-

gros, dispuesto a sacrificar su vida y su fama por amor a Dios es un mártir; en cambio, el hombre impuro que expone su reputación e incluso su integridad física a fin de entrar clandestinamente en casa ajena y consumir la ruina de un hogar, no pasa de ser un infeliz adúltero...

En estos ejemplos, el soldado y el mártir son verdaderamente corajosos, mientras que el malhechor y el adúltero, aunque demuestran aparente valentía, no la poseen de forma genuina, pues si la patria o la religión los convocara al terreno del sacrificio, no sabrían inmolarse por valores más altos. Por tanto, ser corajoso no consiste únicamente en estar dispuesto a correr riesgos; hay algo más. ¿Qué es?

El principal ingrediente

El Dr. Plinio nos da la respuesta: «El coraje es, por definición, la disposición de alma, la virtud² por la cual el hombre enfrenta grandes pruebas, grandes dolores, grandes sinsabores, grandes disgustos, grandes persecuciones, por un ideal que lo coloca por encima de todo».³

Comprendemos entonces qué distingue al héroe del delincuente.

Hay una gran diferencia entre la bravura del soldado y la aparente valentía del ladrón, pues para ser corajoso no basta exponerse al riesgo

No basta solamente afrontar grandes dificultades; hace falta vencerlas por amor a un ideal. Y tanto el ladrón como el impuro de nuestro ejemplo no se movían por idealismo, sino por mero egoísmo...

Otras falsificaciones

El Dr. Plinio nos advierte, no obstante, que hay aún otras deformaciones de la virtud del coraje. La primera es la exaltación del temperamento, por la cual la persona se vuelve capaz de dominar su voluntad. Cuántos hechos similares presenciamos en nuestro día a día... Cuántos pseudocorajosos hay que confunden las explosiones de su propia voluntad desgobernada con la fuerza de alma. La diferencia entre éstos y los verdaderos corajosos es la misma que existe entre un río que sale de su lecho para inundarlo y destruirlo todo y las aguas fluviales ordenadas que fecundan una región.

Otro defecto que trata de disfrazarse de coraje es el atolondramiento de la inteligencia, por el cual el hombre no ve el peligro. Obviamente, para quien desconoce el riesgo es fácil enfrentarlo. No obstante, pensar que una persona así podría alcanzar algún objetivo duradero, a no ser su propia ruina, es mera ilusión. ¿Quién no ha visto nunca a un desatinado lanzarse a hacer grandes cosas, sin medir los riesgos ni las consecuencias, y fracasar en todas sus empresas?

¿Cómo practicar esta virtud?

Bien, ¿cómo practicar el verdadero coraje? Lo primero, mirar de frente el peligro y entender su importan-



El Dr. Plinio durante una conversación con jóvenes seguidores, en 1994

He aquí lo que distingue al héroe del delincuente: afrontar y vencer grandes pruebas, dolores y dificultades por amor a un ideal

cia; luego, arrostrarlo con un acto deliberado de la voluntad.

Encontramos ejemplos característicos de esta virtud en la figura del caballero medieval. La Edad Media, quizá la época más belicosa de la Historia, se pobló de un número inmenso de valerosos guerreros. Sin embargo, también fue el tiempo en que los hombres demostraron mayor conciencia de aquello que la guerra posee de lancinante y dramático. Por ese motivo la condición militar se vio tan glorificada, pues todos comprendían los peligros a los que se sometían los combatientes y, en consecuencia, admiraban a los

que se lanzaban con entusiasmo a la ardua aventura.

Cabe reconocer, sin embargo, que no siempre nuestra sensibilidad acompañará los actos de nuestra voluntad. Si en algunas ocasiones sentimos verdadero entusiasmo de practicar la virtud del coraje, en otras experimentaremos cansancio y abatimiento de alma. En esas horas, el coraje será más meritorio.

Además, habrá momentos en los que necesitaremos ser corajosos, no sólo privados

del impulso de la sensibilidad, sino también teniendo que luchar contra los achaques del miedo. Sí, la virtud del coraje no excluye el temor; al contrario, a veces ha de ser practicada encarándose a él.

El Libro de los Jueces narra la historia de Gedeón, persona bastante timorata (cf. Jue 6). Dios lo designó como general de su ejército y le ordenó que avanzara contra la hueste enemiga de ciento treinta y cinco mil guerreros, con tan sólo trescientos hombres que no deberían llevar armas... Es posible que Gedeón se hubiera atemorizado. A pesar de esto, obedeció y el resultado fue una de las victorias más bellas consignadas en la Sagrada Escritura. Indiscutiblemente practicó la virtud del coraje con todo su fulgor, pero no nos engañemos pensando que su voluntad estuvo siempre acompañada por sus sentimientos. Fue necesario que la ejerciera a pesar del miedo.

¿Y en mi vida?

A estas alturas es posible que usted, lector, se esté planteando la siguiente cuestión: «Todo esto es verdad, ¿pero cómo aplicar tales princi-

pios a mi vida? No soy militar, ni vivo en la Edad Media o en el Antiguo Testamento...». Con todo, aunque las dificultades de nuestros días, para la mayoría de los hombres, sean de carácter muy diverso a los ejemplos narrados hasta aquí, la solución para ellas es la misma.

Cuando tengo que hacer frente a la muerte de un pariente o al riesgo de perder mi empleo, las complicaciones financieras y las enfermedades, ¿cuál debe ser mi actitud? Primero, con calma, encarar el asunto, considerando todos sus peligros y las consecuencias trágicas que puede conllevar. Luego tomar la deliberación firme de enfrentar el problema de la forma correcta, sin la ilusión de que siempre será posible evitar el sufrimiento. Por el contrario, muchas

veces el medio de sufrir menos es abrazar la solución dolorida, si fuera la vía más honesta.

Pero ¿dónde encontramos fuerza de alma para tomar una actitud tan exigente?

La doctrina católica nos enseña que ningún hombre tiene condiciones de practicar por sí mismo las virtudes con perfección y estabilidad. Al ser el coraje una de ellas, es normal, por tanto, que encontremos dificultad en cultivarlo. La salida está en pedirselo a Dios, pues Él es el creador y la fuente de todo bien.

El mayor acto de coraje de la Historia

Sería un crimen terminar este artículo sin mencionar al hombre más fuerte y corajoso de todos los siglos: Nuestro Señor Jesucristo. En el Huerto de los Olivos, al comienzo de la Pasión, ¿qué sentimientos inunda-

rían su alma humana perfectísima? Tedio, pavor, tristeza y la sensación de abandono por parte de aquellos a los que más amaba.

En esa situación, nuestro Redentor no adoptó una actitud desequilibrada, lo que sería incompatible con su santidad infinita. Con calma, contempló hasta el fondo todo sufrimiento por el cual aún debería pasar, y eso le causó tanto miedo que llegó a sudar sangre. Entonces, practicó el supremo acto de coraje de la Historia al rezarle al Padre eterno, diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26, 39).

El Dr. Plinio así explica esa oración del Señor: «El auge del coraje estaba en esto: Dios tiene designios que, según su infinita perfección, a veces remueve, a veces no. Y, a pesar de todo lo que el perfectísimo instinto de conservación llevaba a Nuestro Señor a quedarse absolutamente tenso ante la perspectiva de lo que vendría, deliberó: “Voy, iacepto! Hágase tu voluntad y no la mía”. Es la perfección del coraje».⁴

¡Cómo esta actitud es diferente a todo lo que el mundo llama coraje! El Corajoso se sintió flaco, experimentó miedo, pero miró su cruz de frente, tomó la deliberación de cumplir su misión y rezó pidiendo ayuda. Que ese divino ejemplo, con el cual el Redentor conquistó gracias para nuestra correspondencia en situaciones análogas, nos lleve a imitarlo en toda la medida que nos sea exigida. ✧



Francisco Lecaros

*Nuestro Señor
vio el sufrimiento
que le esperaba y
deliberó: «¡Acepto!
Hágase tu voluntad».
Esta es la perfección
del coraje*

La oración en el Huerto de los Olivos, por Jerónimo Cósida – Iglesia de San Juan del Hospital, Valencia (España)

¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Opera Omnia. Edição de escritos, pronunciamento e obras*. São Paulo: Retornarei, 2008, v. I, p. 266. El presente artículo está basado en esta publicación, así como en otras dos explicaciones, transcritas de: «Uma era de fé, hero-

ísmo e sabedoria». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año IV. N.º 35 (feb, 2001); pp. 18-23; «O que é a coragem?». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XVII. N.º 193 (abr, 2014); pp. 8-9.

² La virtud que corresponde al concepto del Dr. Plinio sobre el coraje es, en la teolo-

gía de Santo Tomás de Aquino, la *fortitudo*. Comúnmente se traduce esa palabra latina por *fortaleza*; sin embargo, hay quien prefiere emplear el vocablo *coraje* para expresar mejor su sentido (cf. PINSENT, Andrew. *The Gifts and Fruits of the Holy Spirit*. In: DAVIES, Brian; STUMP, Eleo-

nore (Ed.). *The Oxford Handbook of Aquinas*. New York: Oxford University Press, 2012, p. 477.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, «O que é a coragem?», op. cit., p. 8.

⁴ Ídem, *ibidem*.

¡El más músico de los santos!

La virtud transformada en arte es capaz de atraer de modo incomparable. No obstante, la Divina Providencia reservó esta misión únicamente a unos pocos...



Hna. Giovanna Wolf Fazzio, EP

“La música me encanta; y en el siglo fue una de mis preocupaciones. Me habría ido mejor si me hubiera aplicado a amar a Dios durante ese tiempo».¹ Así se condolía el gran San Alfonso María de Ligorio, por el hecho de haberse dedicado tanto al estudio de la música en su juventud.

Sin embargo, Dios, que lo había colmado de dones, le permitió esta «falta» para que después pudiera brillar más excelentemente en su apostolado. El tiempo que lamentaba no haberle dedicado a amar a su Creador fue, en realidad, lo que le convirtió en el más santo de los músicos y, tal vez, el más músico de los santos...

Excepcional talento desde su juventud

«De noble origen y pronto al combate»,² he aquí el hermoso significado de su nombre: Alfonso. Si a su padre, como dicen, no le motivó la etimología al llamarlo así, era ese el sueño, no obstante, que ciertamente alimentaba con respecto a su primogénito.

José de Ligorio, deseoso de que su hijo superara el prestigio que muchos de sus ancestros habían alcanzado en el reino de Nápoles, no escatimó esfuerzos en proporcionarle una esmerada educación: contrató a renombrados maestros de Literatura Clásica, Letras, Geografía, Cosmografía, Arquitectura y Bellas Artes, proceden-

tes incluso del extranjero, para que le dieran clases particulares. Y como la música era el arte de mayor predilección paterna, exigió que el niño le dedicara tres horas de estudio diarias, período que pasaba encerrado en su cuarto junto a su instructor. «Esas largas horas de reclusión, al principio, le parecían una penitencia al joven pianista, pero pronto se apasionó de tal manera por la armonía que su prisión se convirtió en un lugar de delicias».³

Superdotado, poco a poco el muchacho parecía que cumplía las aspiraciones de su padre: a los 12 años era considerado maestro en la ejecución del clavecín, a los 16 ya ejercía la honrosa profesión de abogado... No obstante, un tiempo después, contrarian-

do la voluntad paterna, prefirió abandonarlo todo para hacerse sacerdote.

La música en el apostolado de San Alfonso

Al despreciar título de nobleza, propuestas de matrimonio, carrera y riquezas, Alfonso pasó a ser considerado un insensato, incluso por algunos de sus parientes y amigos más cercanos. Sin embargo, para quien lo contemplara desde dentro de los ojos

*Desde joven,
San Alfonso se
apasionó por la
música, afición que
lo ayudaría mucho
en su apostolado
como sacerdote*

Predicación de San Alfonso - Santuario de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San Alfonso, Salta (Argentina)



Dario Ialorenzi

de Dios, era como el hombre de la parábola que, con sabiduría, hizo rendir todos sus talentos: lo que había aprendido de sus profesores no le resultó inútil, pues en su larga vida siempre dispuso de estas habilidades para la gloria del Señor y el servicio de su noble vocación. Vastísima fue su obra apostólica y de ella, hasta nuestros días, podemos beneficiarnos, ora por medio de sus escritos, ora de sus obras, ora... de sus músicas.

Al abrazar la vía eclesiástica, Alfonso, como tantos otros santos, deseó evangelizar tierras lejanas, e incluso China llegó a estar en sus pensamientos. Para él, no obstante, le estaba reservado el apostolado en regiones no muy distantes de su tierra natal: el propio Nápoles y, más tarde, otras pequeñas localidades y campos de los alrededores.

Para el éxito de sus misiones no sólo se valía de predicaciones, sino que componía diversos cantos espirituales; y rápidamente pudo comprobar cómo la música era su gran aliada, pues sustituía las blasfemias y las palabras licenciosas, además de instruir en las verdades de la fe a quienes las aprendían.

Un clérigo de Nápoles, posterior al fundador de los Redentoristas, no temió en afirmar que «sólo Alfonso de Ligorio dio a Italia el canto popular en toda su perfección. Aún hoy, después de ciento cincuenta años, sus cánticos resuenan a través de valles y montañas y, como toda la auténtica poesía, ha conservado el frescor de su juventud».⁴

Cerca de cincuenta poemas componen el *Canzoniere Alfonsiano*. Mientras que las melodías transmiten ánimo, entusiasmo y alegría, los poemas son una mezcla de enseñanza teológica de elevados quilates y de candor lleno de inocencia, bajo la inspiración del momento y con la misma finalidad: «Inflamar las almas en el amor divino, comunicándoles el fuego sagrado que ardía en su propio corazón».⁵

De entre ellas, sin duda, *Tu Scendi dalle Stelle* y *Quanno Nascette Ninno* son las más conocidas en todo el mundo.

El «Tu Scendi» robado...

Escritas casi siempre durante las misiones, se perdió en las brumas del tiempo la historia exacta de cada canción. No obstante, *Tu Scendi dalle Stelle* es de las pocas de las que se conoce su origen.⁶

Alfonso se encontraba en misión en la ciudad de Nola. Al concluir su composición, se la mostró al párroco, don Miguel Zambadelli, quien

*En sus poemas, el
santo transmitía la
doctrina con ánimo
y alegría, con una
única finalidad:
inflamar las almas
en el amor divino*

encantado con la obra le manifestó su deseo de copiarla, pero el santo le respondió que no podía dársela antes de que se imprimiera. Entonces dejó la partitura sobre la mesa y se dirigió a la iglesia adonde haría su última predicación.

El P. Zambadelli, no contento ante esa negativa, decidió copiar la letra mientras Alfonso estaba ausente... Concluido su «trabajo», fue también a asistir el final del sermón, durante el cual el predicador entonó el nuevo canto. Todos lo escuchaban maravillados. Pero de pronto Alfonso se olvidó de algunos versos; entonces llamó a un monaguillo y le dijo:

—Mira, allí está el P. Zambadelli. Pídele la copia de la *canzoncina*. La tiene en su bolsillo.

Al recibir la embajada del pequeño acólito, el sacerdote se quedó estupefacto. Cuando ya se disponía a entregarle la copia, el santo retomó la canción, de la cual no se había olvidado...

Varias canciones, un mismo poema

Otra bella obra navideña de San Alfonso es el *Per la Nascita*, cuyos fragmentos fueron enriquecidos con varias melodías, una más bella que la otra. Como también se desconoce el momento de su composición, permítasenos plantear la hipótesis de que fuera completada con el paso del tiempo. De ahí su extensión métrica diversificada.

Se cuenta, por ejemplo, que para Navidad había planeado entrar en la iglesia cantando una pieza de su propia creación mientras llevaba la imagen del Niño Jesús. Sin embargo, las intensas actividades misioneras le hicieron olvidarse de lo acordado. Tan pronto como comenzó el cortejo, alguien se lo recordó. Entonces, en un impulso de devoción y genialidad, el santo cantó improvisadamente el magnífico *Quanno Nascette Ninno*, cuya letra formaba parte del poema mencionado arriba.

¡Alabemos al divino Infante!

A lo largo de los siglos, las melodías navideñas trataron de reproducir las armonías celestiales que resonaron en la gruta de Belén. Si todos los santos hubieran compuesto villancicos, veríamos cómo la virtud transformada en arte es capaz de remontarnos a lo sobrenatural de un modo incomparable.

En esta Navidad, por tanto, bajo el maternal amparo de la Virgen Madre de Dios y de su castísimo esposo, San José, unámonos a San Alfonso María de Ligorio, encantémonos con sus melodías y alabemos con él el augustísimo nacimiento del divino Infante. ✧

Quanno Nascette Ninno

Coro S. Afonso de Ligório



Quanno Nascette Ninno

Cuando el Niño nació en Belén, / era noche y parecía mediodía. / Nunca las estrellas, brillantes y bellas, / se vieron así, y la más reluciente, / fue a llamar los Magos a Oriente.

Los pastores vigilaban a las ovejas, / y un ángel, resplandeciente más que el sol, / apareció y les dijo: / «No tengáis miedo, no; / alegría y risas, / ¡la tierra se ha convertido en el Paraíso!».

Os ha nacido hoy, en Belén, / el esperado Salvador del mundo. / Entre paños / lo encontraréis, / no podéis equivocaros, / envuelto / y en el pesebre acostado.

Latía con fuerza el corazón de estos pastores. / Y luego uno le dijo a otro: / «¿Por qué estamos tardando?; / pronto, vámonos, / que me siento desfallecer / por el deseo / de ver a ese Dios Niño».

Tu Scendi dalle Stelle

Bajas de las estrellas, oh Rey del Cielo, / y vienes a una gruta fría, helada. / Oh mi divino Niño, / te veo aquí temblando. / Oh Dios bendito, / ¡cuánto te costó haberme amado!

A ti, que eres el Creador del mundo, / te faltaron ropa y fuego, oh Señor mío. / Querido escogido, Pequeñín, / cómo esta tu pobreza / más me enamora. / Ya que el amor te hizo aún más pobre.

Dejas el seno divino de tu Padre / para venir a padecer sobre un poco de heno. / Dulce amor de mi corazón, / ¿dónde te llevó el amor? / O Jesús mío, / ¡por qué tanto padecer por amor a mí!

Traducción de dos composiciones navideñas de San Alfonso María de Ligorio; arriba, partitura de una de ellas

¹ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *A verdadeira esposa de Jesus Cristo*. Aparecida do Norte: Oficinas do Santuário de Aparecida, 1922, v. II, p. 408.

² REY-MERMET, Theodule. *El santo del Siglo de las Luces. Alfonso de Liguori*. Madrid: BAC-Editorial El Perpetuo Socorro, 1985, p. 11.

³ BERTHE, CSSR, Agustín. *Santo Afonso de Ligório*. Rio de Janeiro: CDB, 2018, p. 33.

⁴ Ídem, p. 357.

⁵ Ídem, ibídem.

⁶ Cf. GREGORIO, CSSR, Oreste. *Canzoniere Alfonsiano. Studio critico estetico col testo*. Angri: Contieri, 1933, p. 136.

La embriagadora alegría de la Navidad

Con la intención de avivar la confianza de que la atmósfera sagrada de las Navidades de antaño deberá florecer sobre la tierra, el Dr. Plinio narra algunos hechos de su última infancia.



Plinio Corrêa de Oliveira

Después de un año de luchas, sufrimientos y dificultades se acerca la fiesta de la Santa Navidad, la cual, a mi juicio, posee la característica de interrumpir el tiempo. Aunque uno se encuentre en la situación más afligida, la Navidad levanta un muro y deja en un lado las desgracias y las lágrimas y, en el otro, las campanas que anuncian las alegrías navideñas.

No se trata de una alegría corriente, sino de una alegría mucho más profunda y ligera, que parece estar hecha de luz. Esa luz es el *lumen Christi*, que refulgió en la tierra la noche de Navidad y, que cada año, de alguna manera vuelve a brillar, trayendo la verdadera alegría y la verdadera paz de alma incluso para los más atormentados.

Las Nochebuenas de antaño

Para sentir un poco qué es esa gracia, no creo que sea inoportuno narrar algunos recuerdos, en un intento de hacer revivir las alegrías e impresiones que otra se sentían en las noches de Navidad.

¿Cómo era una Navidad en 1920, por tanto, en los últimos años de mi infancia?

Alguien podría decir que era fruto de la imaginación; sin embargo, tengo la convicción interior de que

había una gracia que se me concedía tanto a mí como a los demás niños de mi tiempo, al menos a los que yo veía y conocía. Era una gracia general.

Los niños, ya unos días antes de Navidad, se veían invadidos por una expectativa y por una alegría, en la esperanza de las fiestas que iban a tener lugar. La perspectiva de la fiesta, en lo que tiene de terreno, desempeñaba un papel en la alegría de los niños. Sabían que San Nicolás, el santo obispo afable, vendría por la noche mientras todos dormían y les dejaría regalos: en los hogares más acomodados, grandes cajas; en los hogares más pobres, cajitas pequeñas, pero llenas de cariño. Dondequiera que hubiera una madre digna realmente de ser así llamada y un padre solícito y merecedor de ese título, algún agasajo colocaban junto a la cama de su hijo, lo cual constituía algo de maravilloso para éste.

Inundados por las alegrías de la Navidad, los niños se portaban mejor

Andar, correr por el jardín, jugar, todo se hacía con una sensación de bienestar propia a la inocencia de la infancia. En gran medida esa alegría estaba motivada por un factor más elevado, prenuncio de la alegría estricta y definitivamente religiosa de la Navidad

Belén de la casa de los Heraldos del Evangelio de Guimarães (Portugal)



que se acercaba. Algo especial comenzaba a llenar nuestras almas.

En esos días, los niños se portaban mejor: los que mentían, lo hacían menos; los que no mentían, censuraban a alguno que mintiera; los que eran poco observantes de los horarios de casa, se volvían más puntuales. En todos se sentía más limpieza de alma. Y esa alegría de tener el alma limpia no se compara a ninguna otra a lo largo de la vida.

Un principio de pureza, limpidez, de honestidad, de bondad y de candor parecía sentirse sobre la tierra, actuando en las almas de los hombres. Las personas empezaban a ser más benévolas entre sí. Los niños egoístas prestaban sus juguetes de buen grado, los testarudos hacían pequeños favores. Y los mayores, por mucho que no sintieran la misma alegría de los niños, se acordaban de las Navidades de sus infancias y se esforzaban por causar la impresión de estar participando del contentamiento general, volviéndose especialmente solícitos y afables.

De alegría en alegría hasta el apogeo de la Navidad

Había una habitación de la casa donde no se podía entrar, pues estaban montando el árbol de Navidad, como todos los años, con alguna novedad: una estrella enorme, un ángel nuevo u otros adornos.

Cuando un niño conseguía ver algo de la sorpresa, corría a contárselo a los demás, que tomaban la noticia con aire de gran importancia. En medio de esas alegrías transcurría el tiempo hasta la noche de Navidad, día en que se iba a la Misa del Gallo. Entonces el ambiente era completamente diferente.

Al vivir cerca de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, íbamos hasta allí a pie. Todas las casas estaban abiertas y con las luces encendidas. Andando por las calles se veía, tanto en las residencias modestas como en las excelentes, que eran casi palacios, un árbol de Navidad iluminado y se escuchaba, procedente del interior, villancicos sonando en un gramófono, de los más antiguos. Se percibía en cada familia la alegría de Navidad. Todos estaban terminando de arreglarse



Se sentía un principio de pureza, de honestidad y de candor, que actuaba en las almas y las hacía mejores

Plinio, aproximadamente en 1920

para salir, dejando tan sólo a algún sirviente que cuidara de la casa. Enseguida las campanas empezaban a tocar, avisando que la Misa iba a comenzar. La iglesia se encontraba espectacularmente iluminada y el altar adornado estaba lleno de flores. En un pesebre se veía al Niño Jesús acostado. Cuando sonaba la medianoche, el sacerdote entraba y empezaba la Misa, durante la cual se sentía algo aparentemente contradictorio, una mezcla de recogimiento y de explosión de gran contento. Cuando ya teníamos la edad, comulgábamos. La comunión era la cúspide. Me encantaba la idea de que Nuestro Señor Jesucristo, que había nacido en Belén, en una noche como aquella, estaba realmente presente en mí. Era el momento de las peticiones, pero, sobre todo, de una indescriptible sensación de intimidad. Yo tenía una estampa del Sagrado Corazón de Jesús que representaba al Señor abrazando a un niño de cabellos rizados y negros, con una mano alrededor del hombro y estrechándolo junto a su pecho. Debajo había una jaculatoria que decía más o menos lo siguiente: «¡Oh buen Jesús, ten piedad de mí!». Yo la rezaba, pensando: en este momento, el Señor está haciendo eso conmigo...

Después de la Misa, a uno le daba la impresión de que las gracias de la Navidad se difundían por todas las casas. Cuando llegábamos a la nuestra, parecía que ya no era la misma que habíamos dejado. Había en ella algo de religioso, de sagrado, de recogido, que causaba verdadera maravilla. A la par de esa atmósfera sobrenatural, se sentía que en la casa habitaba una alegría, como igual no se notaba durante el año. Empezaban los saludos y las felicitaciones, a lo que yo era muy sensible, sobre todo a las caricias y felicitaciones que venían de mi madre, con las cuales contaba como un complemento de la noche de Navidad. Es imposible describir lo que significa el beso de una madre católica en un hijo que ella desea que sea católico también. Después de los saludos, comenzaba la fiesta de Navidad.

La Nochebuena era, por lo tanto, un hiato luminoso, lleno de un imponderable que no se consigue describir, pero que todos lo han sentido, cada uno en su época.

Llegará el día en que las verdaderas Navidades reflorecerán en la tierra

¿Hasta qué punto los que son más jóvenes han sentido eso? Recelo que, como mucho, hayan visto únicamente el final de esas cosas.

Televisores encendidos todo el día, radios vociferando canciones de Navidad comercializadas, luces fluorescentes y laicas colgadas alrededor de los árboles, en jardines de edificios y en los pisos, iglesias vacías. ¡Eso es la Navidad moderna!

Surge la pregunta: ¿Qué queda de todo lo que he descrito? ¿Acaso solamente el recuerdo? Mucho más que eso, queda una esperanza! Y con la intención de avivar esa esperanza es por lo que he narrado esos hechos. Pero ¿nada más que resta una esperanza? ¡No! Tenemos una certeza, gracias a la promesa divina de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia (cf. Mt 16, 18).

Esta certeza nos dice que un día, después de luchas, pruebas y batallas, las verdaderas Navidades reflorecerán en la tierra. Y entonces tal vez alguien se acuerde de la descripción que acabo de hacer y tenga la viva convicción de que la alegría que experimentará no estará naciendo allí, sino que formará parte de una larga concatenación histórica que saldrá del fondo de las aguas de la prueba y regresará a la luz. Se trata de la auténtica alegría de la Santa Navidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Navidades más bellas que las de antaño

A pesar de la decadencia que se nota en las fiestas navideñas actualmente, comparadas con las de mi tiempo, no dudo en afirmar que la Navidad de los que, hoy en día, luchan para permanecer fieles al verdadero espíritu católico es más bonita que las de antaño. Y si yo, cuando era pequeño, hubiera podido ver cómo serían las Navidades que debería pasar en estos días, ciertamente exclamaría: «¡Para esto es para lo que nací!».

Debemos recordar, por tanto, que esas alegrías de Navidad, bajo la sonrisa de María Santísima, descenderán sobre nosotros, aunque estemos en la más terrible aflicción. También nos debe animar la confianza de ver realizada la promesa de Nuestra Señora de Fátima: «¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!». Cuando esto ocurra, ¡qué suavidad, armonía y dulzura tendrán las fiestas de la Santa Navidad de Nuestro Señor Jesucristo! ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XIV.
N.º 165 (dic, 2011); pp. 6-11.



Luz,

La noche ya estaba avanzada. Las tinieblas habían llegado al auge de su densidad. Todo en torno a los rebaños era un interrogante y un peligro. Quizá algunos pastores, relajados o vencidos por el cansancio, estuvieran durmiendo. Sin embargo, había otros a quien el celo y el sentido del deber no consentían en el sueño. Vigilaban. Y presumiblemente también oraban, para que Dios alejara los peligros que rondaban.

Súbitamente, una luz se les apareció y los envolvió: «la gloria del Señor los envolvió de claridad» (Lc 2, 9). Cualquier sensación de peligro se deshizo. Y les fue anunciada la solución para todos los problemas y todos los riesgos. Mucho más que los problemas y los riesgos de algunos pobres rebaños o de un pequeño puñado de pastores. Mucho más que los problemas y los riesgos que ponen en continuo peligro todos los intereses terrenos. Sí, les fue anunciada la solución para los problemas y los riesgos que afectan a lo que los hombres tienen de más noble y precioso, es decir, el alma. Los problemas y los riesgos que amenazan, no ya los bienes de esta vida, que, tarde o temprano, perecerán, sino la vida eterna, en la cual tanto el éxito como la derrota no tienen fin. [...]

Así pues, en torno de los hombres todo eran tinieblas. Y en esas tinieblas, ¿qué hacían? Lo que hacen los hombres siempre que baja la noche. Unos corren hacia las orgías, otros se sumergen en el sueño. Por último, otros —y qué pocos— hacen como los pastores. Vigilan, al acecho de los enemigos que saltan en la oscuridad para atacar. Se disponen a presentarles duros combates. Rezan con la mirada puesta en el cielo oscuro, y las almas confortadas por la certeza de que el sol rayará finalmente, alejará todas las tinieblas, eliminará o hará volver a sus guaridas a todos los enemigos que la oscuridad cubre e invita al crimen.



el gran regalo

En el mundo antiguo, entre los millones de hombres aplastados por el peso de la cultura y de la opulencia inútiles, había hombres escogidos que percibían toda la densidad de las tinieblas, toda la corrupción de las costumbres, toda la inautenticidad del orden, todos los riesgos que rondaban en torno del hombre y, sobre todo, el *non sense* al que conducían las civilizaciones basadas en la idolatría.

Estas almas escogidas no eran necesariamente personas de una instrucción o de una inteligencia privilegiadas. Pues la lucidez para percibir los grandes horizontes, las grandes crisis y las grandes soluciones, viene menos de la penetración de la inteligencia que de la rectitud del alma. Se daban cuenta de la situación los hombres rectos, para los cuales la verdad es la verdad, el error es el error. El bien es el bien y el mal es el mal. Almas que no pactan con la indisciplina del tiempo, intimidadas por el escarnio o por el aislamiento con que el mundo cerca a los inconformes. Almas de muchos quilates, raras y dispersas un poco por todas partes, entre señores y siervos, ancianos y niños, sabios y analfabetos, que vigilaban de noche, oraban, luchaban y esperaban la salvación. [...]

* * *

¿Aún hoy existen hombres de buena voluntad auténticos, que vigilan en las tinieblas, que luchan en el anonimato, que miran al Cielo esperando con inquebrantable certeza la luz que volverá?

Sí, precisamente como en el tiempo de los pastores. [...]

A estos auténticos hombres de buena voluntad, a estos genuinos conti-

nuadores de los pastores de Belén, les propongo que entiendan como dirigidas a ellos las palabras del ángel: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo» (Lc 2, 10).

Palabras proféticas, que encuentran su eco en la promesa mariana de Fátima. Podrá el comunismo extender sus errores por todas partes. Podrá hacer sufrir a los justos. Pero, por fin —profetizó Nuestra Señora en Cova da Iria— su «Inmaculado Corazón triunfará».

Esa es la gran luz que, como precioso regalo de Navidad, deseo para todos los lectores y, más especialmente, para los genuinos hombres de buena voluntad. ✧

Fragmentos de: «Luz, o grande presente».

In: *Folha de São Paulo*. São Paulo.

Año LI. N.º 15.533 (26 dic, 1971); p. 42.



La anunciación a los pastores
Museo Condé, Chantilly (Francia)

Reproducción

Emperatriz por la gracia... ¡y por la audacia!

Hija y esposa de monarcas, aclamada como reina y emperatriz... Su vida, no obstante, más que un cuento de hadas fue un compendio del heroísmo de los combatientes, de la resignación de los mártires y de la astucia de los buenos estadistas.



Hna. Cecilia María Almeida Santos, EP



Ralph Hammann (CC by-sa 4.0)

A menudo, ciertas enseñanzas del Evangelio son objeto de mayor atención y devoción que otras, hasta el punto de que algunas casi que caen en el olvido hoy día.

La vida de Santa Adelaida nos recuerda una de esas verdades proclamadas por el divino Salvador, manso Cordero que se dejó inmolar en la cruz, pero también modelo perfecto de quienes deben ser prudentes y astutos como las serpientes.

Nacida en «cuna de oro»

Podemos decir que Adelaida nació en cuna de oro, el 27 de junio del 931, pues era hija del rey de Borgoña, Rodolfo II, y de la reina Berta de Suabia. La Providencia, que le había reservado una grandiosa misión, la colmó de dones, los cuales haría rendir generosamente, marcando la His-

toria con un brillo hasta entonces inusual para una dama.

Aunque se conoce poco de su infancia, no es difícil conjeturar que tuvo una preparación de enorme valía para el duro combate que sería su vida: además de recibir una santa educación según las costumbres de la fe, aprendió a hablar fluidamente francés, tudesco y latín, habilidades que la convirtieron en una mujer extremadamente culta para su tiempo.

El punto final de esos años tranquilos y felices llegó con la muerte de su padre, en julio del 937. El hermano pequeño, Conrado, fue enviado a Germania; por su parte, la viuda y la niña tuvieron un destino muy distinto: el rey Hugo de Italia, ambicionando ciertos beneficios políticos, envió emisarios a Borgoña para forzarlas a que abandonaran sus posesiones y se establecieran en la corte italiana, en

Pavía. Así, la reina Berta fue obligada a casarse con él, mientras que Adelaida quedó prometida en matrimonio con el príncipe Lotario, hijo de Hugo.

Joven reina de Italia

Fue entonces cuando la niña tuvo los primeros choques con el mal. En la nueva corte imperaba el vicio, el impudor y las uniones ilegítimas; violencia, intrigas y luchas por el poder estaban a la orden del día. La reina Berta fue despreciada enseguida por sus hábitos cristianos y, para protegerse del desagrado del rey, abandonó a su hija en Italia, yendo a refugiarse con su hijo Conrado.

Adelaida se quedó sola en Pavía, verdaderamente cual oveja en medio de lobos... Sin embargo, Dios saca un gran bien de esa desafortunada situación en la cual su virtud sería tan probada: al contraer nupcias con Lota-

rio II, empezó a formar parte de la línea sucesoria de la corona italiana.

El joven príncipe, de temperamento opuesto al de su padre, se mostró fiel y dedicado, colmando a su esposa de riquezas y completando de modo refinado su educación.

A la muerte del rey Hugo, Adelaida se convirtió en reina de Italia con tan sólo 18 años. El rey Lotario le dio el título de «*consors regni*», es decir, partícipe de su soberanía, y le donó tierras y fortunas a fin de ratificar tal prerrogativa.

¿Por ventura la fama y el dinero la desviarían del camino de la virtud que había andado desde su infancia? De ninguna manera, pues había hecho un tesoro en lo alto, adonde no se acercan los ladrones y ni la polilla lo roe (cf. Lc 12, 33). Pronto pasaría a ser admirada por sus súbditos, tanto por la dulzura del trato como por la sabiduría de las decisiones, siempre conciliando la benevolencia con la grandeza y la dignidad de su posición.

Como regente oficial, respetada por todas partes, confirmó el poder de nobles y prelados, haciendo varias concesiones de sus bienes a monasterios e iglesias. Consciente de su papel en la unificación del reino, pretendía consolidar con esas donaciones alian-

zas con la élite política y con altas personalidades eclesiásticas, situación que más tarde le salvaría la vida.

Viuda... y nuevamente secuestrada

La historia medieval está cuajada de episodios a menudo no explicados enteramente. La muerte del rey Lotario es uno de ellos. El joven monarca expiró en los brazos de Adelaida a finales del año 950, presumiblemente envenenado por el margrave de Ivrea, Berengario II, que ambicionaba la corona real.

De nuevo Adelaida se encontró sola, «sin más alivio que el de las lágrimas, sin otro consuelo que su propia inocencia, confiando nada más que en Dios». ¹ Debiendo velar por el futuro de su pequeña hija Emma, se marchó de Turín, donde Lotario fue enterrado, hacia la ciudad de Pavía.

No obstante, Berengario envió a sus emisarios para que la secuestraran y estuvo prisionera en la región del lago de Garda. Mientras el margrave de Ivrea se autoproclamaba rey de Italia, Adelaida sufría injurias y malos tratos, según narra San Odilón, su primer biógrafo: «Esta inocente cautiva era angustiada por diversas torturas; le arrancaban el cabello; le golpeaban frecuentemente con puñetazos y patadas». ²

Con el objetivo de legitimarse en el trono, el usurpador le ofreció a Adelaida que se casara con su hijo Adalberto como precio por su libertad. Sin embargo, ella demostró en la prisión toda la intrepidez altanera de sus virtudes, la firmeza de sus principios y su fuerza de alma, rechazando las infames proposiciones de su enemigo y confiando en aquel que «humilla el canto de los tiranos» (cf. Is 25, 5).

Huida en el momento adecuado, hacia el lugar adecuado

Adelaida aceptó con resignación de mártir sufrimientos e injurias, pero no de brazos cruzados... Valiéndose de aquellas armas espirituales defen-

sivas y ofensivas de las que nos habla el Apóstol (cf. 2 Cor 6, 7), urdió un medio para escapar de la prisión. La huida ocurrió de un modo tan sigiloso que Berengario sólo lo supo cuando ella ya había alcanzado la fortaleza de Canossa y se encontraba a salvo bajo la protección del conde local, del obispo de Reggio y del Romano Pontífice.

Tal vez ese haya sido uno de los episodios más bellos de la vida de Santa Adelaida, pues en él brilló de manera especial su audacia y prudencia, virtudes por las cuales, despreciando obstáculos y peligros, fue capaz de escapar en el momento adecuado, hacia el lugar adecuado.

En la fortaleza de Canossa, la reina elaboró planes osados, llamando en su auxilio al rey germano Otón I. Mientras lo esperaba, vio cómo se desmoronaba el exiguo cerco montado por el inicuo Berengario, cuyas esperanzas de recuperar a su cautiva fueron completamente eliminadas con la llegada de Otón. Éste restableció el orden, obligando a las tropas enemigas a retirarse de inmediato.

Poco después, Otón contrajo matrimonio con Adelaida y fue coronado rey de los lombardos. A partir de entonces, ella comenzaría a cumplir una de sus más importantes misio-



Tras la muerte del rey Lotario, Adelaida fue secuestrada y apresada por el impio Berengario



Berengario II; a la izquierda, Lotario II. En la página anterior, Santa Adelaida - Iglesia de San Mauricio Soultz-Haut-Rhin, (Francia)

nes, por la cual sería recordada para siempre en la Historia como la mujer cuya virtuosa y sagaz actuación hizo de Otón un emperador, para beneficio de la fe católica en toda la cristiandad de la época.

La consolidación del poder

Los años siguientes fueron de intensa actividad. La acción de Santa Adelaida se extendió a todos los estratos sociales, empezando por su propia familia, deshaciendo diversas animosidades. Concedió un magnánimo perdón a Berengario, cuando éste así lo pidió, e incluso permitió que el conculcador administrara el reino de Italia, puesto que el matrimonio se encontraba instalado en Germania.

Con verdadero tino político, ella consolidó el poder de la dinastía ottoniana, usando sus riquezas para establecer relaciones amistosas y ampliar los dominios de la Iglesia. Ejerciendo fuerte influencia en las decisiones del rey, favoreció de modo especial a los monasterios e iglesias fundados por los monjes de Cluny, con el objeto de fomentar la reforma de las costumbres y la formación religiosa de sus súbditos.

Nadie daba mejor ejemplo de desprendimiento y de pudor en la corte que la propia reina, que se vestía sobriamente y reprimía cualquier forma de adulación y ostentación en sus cortesanos.

En el 955 tuvo la alegría de dar a luz al sucesor de la corona, Otón II. En agosto de ese mismo año, su marido derrotó a los húngaros, aún paganos, en la histórica batalla de Lechfeld, combatiendo en primera línea y empuñando una de las más valiosas reliquias de la cristiandad, que había acompañado a Adelaida desde su infancia: la sagrada lanza, símbolo del poder real y divino.

Unos años más tarde, una inesperada situación favorecería la gloriosa ascensión de Otón y Adelaida a la condición de emperadores.

La primera emperatriz de Occidente

Como regente de Italia, Berengario se había transformado en un tirano cruel, espoliador de la nobleza local y violento en sus deliberaciones y mandatos. Al clamor general del pueblo, indignado por sus excesos, se juntó la petición de auxilio

dirigida a Otón por parte del Romano Pontífice.

Camino de Roma, Adelaida hizo coronar a su hijo de tan sólo 6 años como corregente, en la catedral de Aquisgrán, en memoria del emperador Carlomagno, a fin de fortalecer de esta manera la línea sucesoria de su dinastía.

Finalmente, en la simbólica fiesta de la Purificación de María, el 2 de febrero del 962, Otón y Adelaida fueron coronados emperadores por el Papa Juan XII. Cabe señalar que fue ella misma quien ideó el ceremonial de su coronación, pues hasta ese momento ninguna mujer había alcanzado tal dignidad en Occidente.

De hecho, con Santa Adelaida es cuando nace el papel de la emperatriz en el gobierno y en el ejercicio del poder. Su nombre constará en casi todos los documentos oficiales del imperio y ella misma emitirá decisiones, demostrando siempre liberalidad y siendo incansable mediadora entre el pueblo y la corona.

Demostró ser eximia en el ejercicio de la justicia, incluso cuando Dios puso en sus manos al infame Berengario. El secuestrador y tirano de otrora se convirtió en prisionero de quien antes había oprimido, terminando sus días en cautiverio.

Un enemigo en su propia familia

La santa emperatriz se preocupó en garantizar la estabilidad del imperio en la persona de su hijo, llevando a cabo los acuerdos necesarios para el casamiento de Otón II con la princesa bizantina Teofanía. Durante la ceremonia, realizada en la Basílica de San Pedro y oficiada por el Papa, los novios fueron coronados y asociados al imperio como sucesores del matrimonio reinante.

No obstante, con la muerte de Otón I los días felices del gobierno se acabaron. Transcurridos unos años, Adelaida se vio obligada a huir de la corte de su propio hijo, porque su nue-



Habiéndose casado con Adelaida, Otón combatió de forma excelente a favor de las santas iniciativas de su esposa

Batalla de Lechfeld, por Balthasar Riepp - Iglesia parroquial de Seeg (Alemania)



Reinhardtshauke (CC by-sa 3.0)

Santa Adelaida supo encontrar coraje en aquel que derriba a los poderosos y enaltece a los humildes, y por eso jamás se desanimó ante las dificultades

Escenas de la vida de Santa Adelaida - Iglesia de San Martín, L'Isle-Adam (Francia)

ra, movida quizá por la envidia, había estado trabajando malvadamente para inculcar en Otón II una profunda aversión hacia su madre.

El amor materno llevaría a Santa Adelaida a rezar por su hijo hasta conseguir su arrepentimiento y conversión, tiempo después. En señal de gratitud y tal vez en cumplimiento de una promesa, envió a la tumba de San Martín uno de los mantos de Otón, ricamente bordado, con el siguiente mensaje: «Acepta este pequeño obsequio, sacerdote del Señor, que te confía Adelaida, esclava de los siervos de Dios; por su naturaleza, pecadora; por la gracia de Dios, emperatriz».³

Teofanía, no obstante, será incapaz de admirar la santidad de su suegra... Cuando Otón II murió, después de una fallida campaña militar, se mostró deseosa de ejercer el mando y, contradiciendo la política utilizada por Adelaida, instigó la división en la corte, promovió guerras infructuosas y puso en grave riesgo la unión del imperio. Hizo coronar a su hijo Otón III, por entonces un niño de sólo 3 años, pero meses después éste fue secues-

trado por un pariente —Enrique II, duque de Baviera, llamado el Pendenciero—, tras un fracasado intento de usurpar el trono. La paz no se restableció hasta que la propia Adelaida recuperó al muchacho, valiéndose de la vasta red de amistades tejida a lo largo de los años.

Al ser el pequeño Otón incapaz de gobernar todavía, Teofanía asumió la regencia, ejerciendo el poder hasta su muerte, el 15 de junio del 991. Expiró obstinada en la enemistad con su suegra; solamente tenía 31 años.

Amiga del combate y de la osadía

Le cupo a Santa Adelaida servir como regente del imperio hasta que su nieto alcanzó la edad necesaria para gobernar. Tras encaminarlo con éxito hasta el trono, pudo disfrutar con alegría, por fin, del fruto de años de luchas y sufrimientos, viendo al imperio unido y estable, cimentado por su eficaz audacia e incansable caridad. Entonces se retiró a un monasterio, deseosa de prepararse en el recogimiento y en la oración para el encuentro con el Señor. Fue en esa épo-

ca cuando decidió contar su vida a cierto monje de Cluny, el futuro abad San Odilón.

Amiga del combate y de la osadía, pero consciente de su propia debilidad, Santa Adelaida supo encontrar coraje en aquel que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, y por eso jamás se desanimó ante las dificultades. En los días de lucha en los que vivimos, más de un milenio después de su muerte, su ejemplo continúa animándonos en esa sublime vía de heroísmo —la confianza!— reservada a los hijos de la luz, «pecadores por naturaleza, pero por la gracia soldados intrépidos de la Santísima Virgen».⁴ ✦

¹ SEMERIA, Giovanni B. *Vita politico-religiosa di Santa Adelaide*. Torino: Chirio e Mina, 1842, p. 13.

² SAN ODILÓN. *Epitaphium Adalheidae Imperatricis*, n.º 3: PL 142, 971.

³ Ídem, n.º 18, 979.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Santa Adelaide: pecadora por natureza, imperatriz pela graça». In: *Dr. Plinio*. Año XVI. N.º 189 (dic, 2013); p. 31.

Un llamamiento a la confianza

Ante las perplejidades que el decadente mundo actual suscita en el corazón de los católicos fieles, una invitación a la confianza heroica señala el camino hacia los días venturosos del triunfo de Nuestra Señora.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Imagínese, lector, la situación de un joven medieval que oye historias de peregrinos indefensos, blancos de asaltos y de todo tipo de malos tratos en los caminos que van a Jerusalén. Más aún, llega a sus oídos que los propios Santos Lugares, donde el divino Redentor padeció y murió para rescatar a los hombres del pecado y de la muerte eterna, están siendo brutalmente profanados y destruidos por los enemigos de la fe. Consumido de santo celo por el Señor, Dios de los ejércitos, hace votos y se alista en las Cruzadas.

No obstante, de niño había sufrido un terrible accidente, que le redujo considerablemente la agilidad de sus movimientos. Una vez delante del enemigo, embiste con todo el vigor de su espíritu, para darle un golpe certero, pero sus miembros no responden al ímpetu de su alma. Se da cuenta enseguida de que se encamina hacia el fracaso y la derrota.

Sin embargo, contra sus expectativas, un indomable y valeroso cruzado, que lucha a su lado, percibe su contingencia y se coloca detrás de aquel débil hermano de armas y, haciéndose uno con él en la lucha, asume el control de sus brazos: empuña el escudo y blande la espada con la misma agilidad y precisión que cuando actúa con sus propios miembros. Inesperada-

mente, el caballero discapacitado empieza a realizar proezas inimaginables y se convierte en uno de los mayores héroes del campo de batalla! La condición para alcanzar la gloria del éxito consistió apenas en dejarse guiar, con total flexibilidad y sin pretensiones, por su «ángel de la guarda», sin poner obstáculos.

¿Qué sería mejor para aquel joven: gozar de integridad física a fin de derrotar a los enemigos con sus propias fuerzas o dejarse asumir por ese «ángel» y adquirir sus inigualables proporciones en el arte de la lucha?

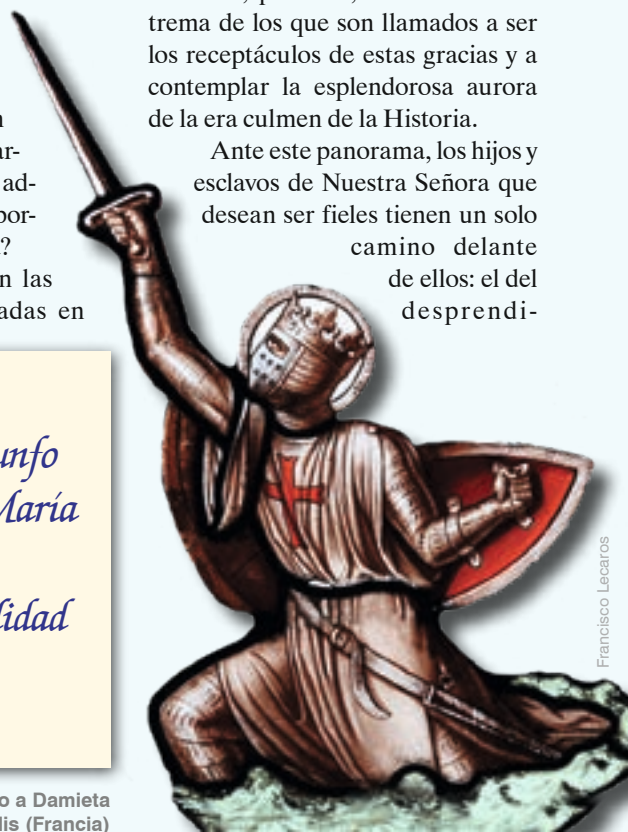
Algo similar ocurre en las batallas espirituales libradas en

pro del triunfo del Corazón de María. Vivimos un momento histórico de ápices: por un lado, el apogeo de la Sagrada Esclavitud a Jesús en las manos de Nuestra Señora, la proximidad de la revelación del Secreto de María¹ y el consecuente caudal de gracias que se derramará sobre la humanidad; por otro, la debilidad extrema de los que son llamados a ser los receptáculos de estas gracias y a contemplar la esplendorosa aurora de la era culmen de la Historia.

Ante este panorama, los hijos y esclavos de Nuestra Señora que desean ser fieles tienen un solo camino delante de ellos: el del desprendi-

De aquellos que luchan por el triunfo del Corazón de María será exigida una completa flexibilidad a la acción del Espíritu Santo

San Luis IX en el asalto a Damietta
Catedral de Notre Dame, Senlis (Francia)



Francisco Lecaros

miento. No basta con reconocer que no son nada, que no tienen fuerza de voluntad para dar ni siquiera un paso en las vías de la santidad, que dependen en todo de la gracia y del auxilio de María. Para que lleguen a ser valerosos e intrépidos guerreros de la Virgen se les exigirá un completo abandono y una flexibilidad total a la acción del Espíritu Santo en sus almas. De esta manera atraerán la mirada benevolente del Todopoderoso, que los asumirá y en ellos realizará grandes obras.

Discapacitados por naturaleza, divinos por gracia

Ese misterio hizo que el alma de María Santísima exultara de alegría y proclamara que Dios había mirado la nada de su Sierva, obrando en Ella maravillas (cf. Lc 1, 49). Sí, en el cántico del *Magnificat*, María quiso anunciar un porvenir todavía distante, pero con el que ya se regocijaba. Contemplaba a sus elegidos, tan débiles, inconstantes y desprovistos de las cualidades necesarias para el cumplimiento de la misión de implantar su reinado en la tierra; no obstante, discernía también que en esta generación predilecta el Altísimo manifestaría toda su fuerza. De tal forma aquellos hijos serían regenerados por la gracia, que en ellos no serían ya visibles los aspectos humanos: debido a la unión con la Trinidad Beatísima, se volverían verdaderos tabernáculos de la vida divina, a semejanza de lo que le había sucedido a Ella mientras gestaba al Niño Jesús.

Con el augusto acontecimiento de la unión de la naturaleza divina con la humana en el claustro virginal de Nuestra Señora, se inició una nueva era en las relaciones de Dios con la Creación, que ha sido sosteni-



La venida del Espíritu Santo sobre la Virgen y los Apóstoles - Iglesia de los Servitas, Innsbruck (Austria)

*El Espíritu Santo
se unirá a los hijos y
esclavos de su Esposa,
haciendo de ellos los
apóstoles previstos
por tantas almas en
los tiempos pasados*

da a lo largo de la Historia por medio de hombres providenciales, los cuales prepararon el camino para la plena realización de los planes divinos. Ahora bien, el advenimiento de este auge, o sea, del Reino de la Virgen, abrirá a sus hijos y esclavos un régimen aún superior en las relaciones con la Santísima Trinidad. El Espíritu Paráclito se unirá a cada uno de una manera nunca antes vista, transformándolos en los apóstoles previstos y anhelados por tantas almas de fuego en tiempos pasados, en particular por el gran profeta de María, San Luis

Grignion de Montfort, en su Oración Abrasada: «Esclavos de vuestro amor y de vuestra voluntad; hombres según vuestro corazón, que, sin voluntad propia que los manche y los detenga, cumplan todas vuestras voluntades y arrollen a todos vuestros enemigos».²

¡Cuánto se debe desear que llegue pronto el establecimiento de esta nueva economía de gracias en los corazones de los amados hijos de María! Para ello, nos corresponde perseverar en ese anhelo durante la espera y mantener encendida la fe en la realización de la promesa, incluso si nos sentimos en el más terrible abandono o nos encontramos con el más evidente desmentido.

Esta actitud de alma conquistará de los Cielos que los días de aflicción sean abreviados y anticipado el pleno cumplimiento de los planes divinos. Como nuevos Jacob (cf. Gén 32, 24-28), lucharemos con Dios para que su gloria sea la más completa y esplendorosa, y la derrota de sus enemigos, la más aniquiladora y humillante.

La historia de los Macabeos y los días actuales

Al reflexionar sobre la superabundancia y excelencia de este nuevo régimen marial de gracias, surge inevitablemente una pregunta: ¿Qué estará tramando el demonio para impedir su florecimiento? ¿Se infiltrará con el objetivo de atacar a las almas llamadas a participar de ese régimen? Ahora bien, si ni siquiera a los espíritus celestiales se les ha dado a conocer los tesoros sobrenaturales que Nuestra Señora lleva en su corazón y de los cuales quiere que los hombres sean partícipes, ¿qué sabrán los demonios acerca de ellos? Nada, ¡absolutamente nada! Sin

embargo, los ángeles malos actúan como perros capaces de olfatear la presencia de la gracia.

«Vigilad y orad» (Mt 26, 41), enseñó el divino Maestro. El enemigo infernal intentará deturpar y oponerse al flujo de estas gracias para la humanidad, haciendo que los hijos de la Virgen desistan de avanzar. ¿De qué modo? De la misma manera que alguien podría arruinar un libro que aún no se ha escrito. O sea, simplemente causándole tales molestias, tormentos y dificultades al escritor que lo lleve a renunciar a su emprendimiento. Si se rinde ante los obstáculos, el libro no llegaría a existir; es decir, la gracia sería rechazada *a priori*.

Un hecho histórico ilustra de manera paradigmática esta estratagema del príncipe de las tinieblas. «Olfateando» en el aire que la Encarnación del Verbo se aproximaba, Satanás comprendió que el único medio de impedir la sería destruir al pueblo elegido y, sobre todo, la religión verdadera, pues así las profecías perderían su sentido y el Salvador quedaría privado de las bases necesarias para obrar la Redención y fundar la Santa Iglesia. La misión del Mesías sería un fracaso total y el nuevo régimen de gracias que Él venía a inaugurar para la humanidad habría sido frustrado ya desde sus inicios.

Para ello, el demonio se sirvió de Antíoco Epífanes. Por obra de este rey perverso, al cual se unieron «hijos apóstatas» (1 Mac 1, 11) de Israel, muchos abandonaron la alianza con el Señor, acomodándose a las costumbres paganas, el culto a Dios fue substituido por rituales idolátricos en la propia Jerusalén y una terrible persecución religiosa se desató contra los Macabeos y los pocos israelitas que permanecían fieles. Con todo, el Señor jamás abandona a aquellos que tienen un amor íntegro por Él. Asistiéndolos con gracias e intervenciones extraordinarias, les fue

concediendo victoria tras victoria, hasta la completa aniquilación de los enemigos y la restauración del culto divino (cf. 1 Mac 1-4).

La historia parece repetirse en nuestros días con todos aquellos que aman sinceramente a Nuestra Señora. Las fuerzas del mal «han husmeado» el cambio de clave en el plano salvífico y quieren impedir, o al menos tergiversar, las copiosas gracias que el Inmaculado Corazón de María comienza a derramar sobre sus fieles. Y el demonio, que tal vez esté presintiendo que en breve será aplastado por el ta-

Como en la época de los Macabeos intentaron los malos frustrar la venida del Redentor, ahora quieren impedir la eclosión de un nuevo régimen de gracias



Delante de Antíoco Epífanes, una madre anima a sus siete hijos al martirio – Grabado de Gustave Doré

lón de la Virgen, promueve desesperadamente toda especie de insultos, blasfemias y sacrilegios contra la Madre de Dios, negándole las glorias y los honores que la Iglesia, desde el comienzo, siempre le tributó. Sin embargo, cuando veamos que empiezan a suceder estas cosas, acordémonos de las hazañas de los Macabeos y repitamos las palabras del divino Maestro: «Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación» (Lc 21, 28).

Sublime grito de guerra:
«Tened confianza: yo he vencido al mundo»

Durante la Última Cena, inmediatamente después de que el hijo de la perdición saliese del Cenáculo para consumir su infame traición, Nuestro Señor se dirigió a sus discípulos con palabras afectuosas y estimulantes en extremo, anunciándoles la venida del Espíritu Paráclito y alertándolos acerca de las terribles persecuciones que en breve se desencadenarían sobre ellos. Y, como nunca un general vencedor osó hablar a sus tropas, el Redentor concluyó su discurso de abrasado amor con un sublime grito de guerra: «Tened confianza: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33).

La confianza surge, así, como la más poderosa y destructiva arma de los discípulos de Cristo en la lucha contra las potencias del mal, coligadas para impedir la consolidación y expansión del Reino de Dios en los corazones y en la sociedad. Por este motivo, la pérfida serpiente no escatima esfuerzos para crear artimañas a fin de extirpar esa virtud, tanto como sea posible, de los fundamentos mismos de la estructura psicológica del hombre. Retirar de la naturaleza humana la capacidad de confiar fue, sin duda, uno de los más funestos males que la Revolución logró causar.

Reconocer la propia debilidad y saber confiar en la fuerza que

viene de la gracia divina resulta fundamental para los verdaderos hijos de la Virgen. Y es que la Providencia ha permitido, y aún permitirá, muchas pruebas en la fase previa al Reino de María precisamente para que se compenetren de esta realidad. Porque, ¿cómo va a confiar alguien en la gracia si no experimenta en sí mismo sus debilidades? ¿Qué puede hacer la Madre de Misericordia por aquel que se juzga autosuficiente, fuerte y seguro? Sólo a los enfermos les aprovechan tanto el médico como la medicina...

Pero más que restituir a sus predilectos la capacidad de confiar, la Santísima Virgen desea que se conviertan en paradigmas de la confianza. En su indecible bondad, Ella le pedirá a determinado hijo la práctica de esta virtud ante el infortunio; a otro, en medio de la contrariedad; a un tercero, en la lucha contra sus propias debilidades; a otro más, en reconocerse muy amado por Ella. En fin, Nuestra Señora quiere hacer de cada uno de sus hijos una piedra preciosa incrustada en la magnífica joya de la confianza.

¡La aurora del Reino de María ya brilla en la tierra!

Las gracias que vienen siendo concedidas a las almas más llamadas y más unidas a la Reina celestial participan ya de las gracias específicas de su reinado, las cuales se irán difundiendo gradualmente por toda la sociedad. Se trata de gracias aún desconocidas, incluso por los ángeles, pues hasta ahora estuvieron escondidas en el Paraíso divino del Inmaculado Corazón de María. A ellas bien pueden aplicarse las palabras del Apóstol cuando se refería a las realidades celestiales: «Algo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar» (1 Cor 2, 9).

Ante este cuadro grandioso, el autor de estas líneas no podría dejar de resaltar el papel de un héroe de la confianza: San José. Con ocasión de

la Encarnación del Verbo, el Padre Eterno lo constituyó guardián de las gracias de la unión hipostática. Y es también al Glorioso Patriarca a quien la Virgen Santísima confía las gracias mariales. Como bondadoso y vigilante padre, acaricia, protege y ampara a cada instante a los elegidos de su Esposa virginal.

¿Cuál debe ser, entonces, la actitud de los verdaderos devotos, hijos y esclavos de amor de María? Una profunda compenetración de la importancia de estas gracias. ¿De qué modo? ¡Teniendo una confianza total en Ella! Confiar significa creer en el amor superabundante y gratuito de Nuestra Señora, que desciende de muy alto y es capaz de, en sólo un instante, convertirlos en los apóstoles de los últimos tiempos profetizados por San Luis Grignon de Montfort.

Parafraseando al divino Salvador, estos hijos y esclavos pueden proclamar con ufanía: «¡Confianza, confianza, confianza! María Santísima, la Reina de la Historia, aquella que sola aplastó todas las herejías, ¡triunfó sobre Satanás y la maldita Revolución gnóstica e igualitaria! ¡La aurora del Reino de su Sapiencial e Inmaculado Corazón ya brilla en la tierra!». ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
María Santísima! O Paraíso de Deus revelado aos homens.

São Paulo: Arazos do Evangelho, 2020, v. III, pp. 173-183.

*María Santísima
que sola aplastó
todas las herejías,
¡triunfó sobre
Satanás y la maldita
Revolución gnóstica
e igualitaria!*



Francisco Lacaros

La Virgen con el Niño, aplastando al demonio - Catedral de San Pedro, Vannes (Francia)

¹ En sus escritos, San Luis María Grignon de Montfort se refiere a la esclavitud de amor a María preconizada por él como un secreto revelado por el Altísimo de una vía segura para la santidad. Más que prácticas piadosas, este secreto consiste en hacer todas las cosas con María, en María, por María y para María; (cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Le secret de Marie*, n.º 1; 28).

² SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Prrière Embrasée*, n.º 8.

¡Postura y ufanía de cara a las dificultades!

Dado que el hombre está compuesto de cuerpo y alma, lo que suceda en su físico repercutirá en su vida espiritual y viceversa. Es importante saber sublimar, de forma concomitante, ambas realidades.



Hna. Leticia Gonçalves de Sousa, EP

La piedad católica ha ido reuniendo en torno a Jesús eucarístico las manifestaciones artísticas más sublimes. Magníficas construcciones, vitrales, músicas o esplendores litúrgicos de toda clase surgieron a lo largo de los siglos para glorificar y alabar, tanto como posible en esta tierra de exilio, la augustísima y real presencia del Rey de reyes entre los hombres en el Sacramento del Altar.

Ahora bien, madre y maestra del sentido común y de la sabiduría, la Iglesia nunca se ha preocupado menos por adornar para Dios los santuarios vivos de las almas de sus hijos.

¡Somos templos de la Santísima Trinidad!

Todo bautizado se convierte en templo de Dios, según la promesa del Redentor: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23). Por lo tanto, mucho más que los ornamentos inanimados que circundan los altares, e incluso el sagrario que contiene la sagrada hostia, vale el alma humana que, alber-

gando en sí a la propia Trinidad, con Ella se relaciona constantemente.

En vista de esta realidad, la doctrina católica enseña que la perfección

moral del hombre debe corresponder o incluso superar la belleza del arte sacro; y, en consecuencia, su vida práctica y material debe estar siempre envuelta en dignidad, en atención al Divino Huésped del alma.

Relación entre vida corporal y espiritual

En los fundamentos de ese deber, no obstante, se ha de considerar una razón más sutil, de índole ontológica: puesto que el hombre está compuesto de cuerpo y alma —realidades indisolubles, cuya separación conduce a nuestra naturaleza a un estado de violencia—, aquellas cosas que suceden en su vida corporal repercuten en su vida espiritual y viceversa.

Un grande y prolongado sufrimiento moral, por ejemplo, a menudo causan molestias en el organismo, como alteraciones del sueño o de la alimentación. Por otra parte, una rutina excesivamente agitada puede inducir a una persona a la acedia espiritual.

De donde se concluye que, en sentido contrario, esa relación físico-anímica puede auxiliar de muchas



**Albergando en sí a la Santísima
Trinidad, y con Ella relacionándose,
el alma humana vale mucho más
que un sagrario**

Sagrario del oratorio de Nuestra Señora
de Fátima, Nova Friburgo (Brasil)

maneras el progreso espiritual de las almas, cuando es bien aprovechada.

Porte y conducta moral

Un ejemplo muy esclarecedor para la generación actual es el porte corporal.

Cada vez es más raro encontrarse con personas que sepan mantenerse erguidas al andar, al conversar o incluso al sentarse. En nuestros días se adoptan, so pretexto de comodidad, posiciones más cercanas a lo irracional... Ahora bien, un simple análisis de conducta muestra que ante las dificultades de la vida, la reacción de la gente suele ser de una irracionalidad análoga a su postura: se encojen, ceden a la pereza y hasta el completo desistimiento. Así como se hunden en un puf a la mínima señal de cansancio, así se desmontan de cara a las luchas que se les presentan.

¿No son estas, entonces, actitudes conexas?

¿Cómo hacerse grande de alma?

Lo mismo también se puede aplicar en sentido positivo. El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira,¹ en una conferencia pronunciada en la década de 1990, da una explicación interesante al respecto tomando como modelo el período histórico del «Antiguo Régimen».²

Cuenta que en aquel tiempo se les exigía a las personas con cierta educación que caminaran con la cabeza levantada y erguidas, en señal de afirmación de su propia dignidad. Las familias, para transmitirles tal costumbre a sus hijos adolescentes, le ataban a la cabeza, con cuerdas, una pequeña pila de libros. Andaban de un lado a otro dentro de casa conversando entre sí, con esa carga. Como resultado, se veían obligados a mantener la cabeza siembre erguida y cuando le retiraban el peso continuaba en esa posición. De ahí la postura altiva, digna y esplendorosa de las figuras de aque-

lla época. Eran verdaderos monumentos de distinción.

Análogamente, dice el Dr. Plinio, para que un hombre se haga grande de alma es necesario que cargue la «pila de libros» que la Providencia «ata» sobre su cabeza: las incomodidades, las preocupaciones, los sufrimientos y los reveses tan comunes al estado de prueba.

Obligarse a estar siempre con buena postura es, por tanto, un excelente estímulo para tener ufanía de cara a las durezas de la vida. El alma adquiere otro porte. Cuando aparece un obstáculo, está más dispuesta a enfrentarlo de cabeza en alto y pecho abierto.

Por consiguiente, al igual que el hombre mundano demuestra la molicie de su carácter en lo relajado de su presentación, el católico afirma su coraje de alma en la altivez de su postura.

¡Ánimo, fuerza y resolución!

Querido lector, estas líneas le invitan, pues, a que se llene de entusiasmo ante su altísima condición de templo de Dios y de sus desafiantes deberes de católico militante. Mantenga siempre viva en su interior la certeza de que, en todo, «vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado» (Rom 8, 37). Trate de sublimar de manera constantemente creciente su modo de vivir y verá cómo su alma, amparada de esta forma, se convertirá en amiga de los ángeles y consorte de los bienaventurados del Cielo.

Si, a pesar de todo, las adversidades ahora le pesan demasiado y la flaqueza le domina, recurra sin dudar al cariño transformante de la Virgen Clementísima y confíe que Ella enseguida le dará fuerzas, como diciéndole: «Hijo mío, ¡adelante! Como madre entiendo las dificultades que tienes de soportar esas contrariedades, que son



Reproducción

Obligarse a la buena postura es un excelente estímulo para tener ufanía de cara a las durezas de la vida

Carlos I, por Anthony van Dyck
Museo del Louvre, París

tu pesada carga personal. Ahora bien, comprende la dignidad de sufrir todo eso por amor a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santa Iglesia. Alza la cabeza y dale gracias a Dios. Yo misma seré tu sustento. ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 6/6/1990.

² Término que usaron originalmente los agitadores girondinos y jacobinos para designar, de manera peyorativa, el sistema de gobierno monárquico de los Valois y de los Borbones, precedente a la Revolución francesa de 1789. Aquella época se caracterizaba por el esplendor de las ceremonias en la vida de la corte y por el orden armónico y jerárquico reinante en la sociedad.



Resignada a la voluntad del Altísimo

En proporción a los obstáculos que han de vencer, así crecen en la virtud las grandes almas. Este es el caso de Dña. Lucilia, a quien un inesperado y doloroso acontecimiento le reportaría mayores progresos espirituales.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En una ocasión, confinado en su lecho debido a un malestar severo y con fiebre alta, el querido padre de Dña. Lucilia, el Dr. Antonio, decía —quizá presagiando su muerte inminente— que había visto entrar por la ventana de la alcoba al fantasma de un difunto amigo, el cual había llevado una vida poco encomiable, y que se sentó a los pies de la cama mirándole maliciosamente, como invitándole a que fuera con él al sitio donde se encontraba.

En este momento, Dña. Lucilia abrió la puerta y entró. Como pensaba que su padre estaba delirando, se le acercó y le puso la mano —que parecía hecha de satén— sobre la frente. Entonces, como quien despierta de una pesadilla, el Dr. Antonio creyó ver saltar por la ventana a su viejo conocido. Enseguida sintió un gran bienestar, se vio perfectamente recuperado y constató que la fiebre había desaparecido por completo.

Inusual pronóstico

Todos los años, el Dr. Antonio solía comprar el *Almanaque de San Antonio*, el cual, además de efemérides,

siempre traía una reflexión para cada día. Al entregarle a su esposa, Dña. Gabriela, el de aquel año, le dijo:

—*Sinhara* —apelativo que le daba en la intimidad—, tome el nuevo calendario, luego póngalo ahí...

Y agregó pensativo:

—1909... —hizo unas anotaciones en un papel y continuó—. Este año moriré.

—¡Totó, no diga tonterías! —le contestó Dña. Gabriela, algo molesta.

El Dr. Antonio sonrió y añadió:

—Moriré este año, ya lo veréis...

De vez en cuando, durante las comidas, jugueteaba con el cuchillo, poniéndoselo sobre la muñeca. Al moverse éste un poco, decía:

—¿Lo veis? Esto es una señal de que voy a morir.

—¡No diga eso! ¡Habrase visto! —interrumpía enseguida Dña. Gabriela.

Hasta que llegó el momento: 12 de noviembre de 1909. He aquí como ocurrió todo:

«Partir c'est mourir un peu. Mourir...»

Encontrándose en la ciudad de Santos, en donde era socio de una empresa que negociaba con café, el

Dr. Antonio se desmayó al bajar del tranvía. Alguien que estaba cerca lo reconoció:

—Pero ¡sí es el Dr. Antonio Ribeiro dos Santos! Hay que avisar a su familia, que está hospedada en el hotel Parque Balneario...

E hizo que lo trasladaran hasta aquella empresa. Tras haber estado allí un tiempo, acostado sobre el mostrador, lo llevaron a casa de un socio.

Los médicos llegaron pronto y, después de examinarlo, no vieron otra salida que recomendar que lo dejaran descansar. Mientras tanto, familiares y amigos iban apareciendo y formando corrillos en una sala anexa. De repente, el Dr. Antonio pidió que llamaran a uno de sus hijos y nada más verlo, apoyándose sobre los codos, le dijo:

—Mira, Antonio, me siento mal...

Y sin más palabras cayó muerto.

La noticia del fallecimiento de una persona tan bien relacionada como el Dr. Antonio corrió rápidamente y causó consternación.

Doña Lucilia no había acompañado a su padre a Santos, sino que se quedó esperando a que éste le avisara para que fuera a encontrarse con

él cuando terminara sus negocios. En ese ínterin, se enteró del doloroso desenlace; serían las dos o las tres de la tarde. Sufrió una conmoción tan fuerte que cayó en cama gravemente indispueta.

El velatorio se realizaría en su propia residencia, la de la alameda Barón de Limeira, de São Paulo. A las diez de la noche llegó el cuerpo. Según la costumbre de la época, lo transportaron en un tren especial —compuesto únicamente por la locomotora, el tén-der y un vagón fúnebre, todo recubierto con flores y tejidos negros— que avanzaba despacio tocando el silbato.

Doña Lucilia había permanecido recogida en su habitación, sumamente abatida, desde que recibió la noticia. Cuando se acercó el momento de cerrar el ataúd, se apresuraron a avisarle:

—Lucilia, si no vienes ahora ya no tendrás oportunidad de ver a tu padre antes de que lo entierren.

Sostenida por su marido, de un lado, y por un tío suyo, del otro, trató de recorrer la media manzana que separaba su vivienda de la casa paterna.

En aquel tiempo, los entierros se realizaban en un escenario impresionante: el cortejo hasta el cementerio estaba formado por carruajes antiguos, negros y dorados, adorna-

dos con plumas; los cocheros y lacayos, empleados de la funeraria, usaban sombreros de dos picos también con plumas, y trajes semejantes a los del Antiguo Régimen.

Conforme iba andando a lo largo de la luctuosa y extensa fila de carruajes, Dña. Lucilia sentía que le retumbaban cada vez más en sus oídos, casi se diría en el corazón, como golpes, los inquietantes sonidos de las herraduras de los caballos sobre las piedras del pavimento. Entonces le faltaron las fuerzas y se vio obligada a regresar a su casa. Así fue cómo en ese doloroso momento le fue imposible darle el último adiós a su muy querido padre.

*Partir c'est mourir un peu,*¹ dicen los franceses; lo que nos inspira un pensamiento más triste: *Mourir c'est partir pour toujours,*² dejando en el mundo de los vivos sólo nostalgias...

Ocasión para mayor progreso espiritual

Aquel doloroso acontecimiento significaría un hito en la vida de Dña. Lucilia. Nadie podría haber imaginado que el Dr. Antonio moriría tan repentinamente, y lo inesperado de este hecho hizo que fuera aún más cruel ese golpe,

sobre todo para quien, como su hija, tanto lo quería. Con la desaparición de la figura protectora de su padre cambiaban numerosas circunstancias de su vida y se veía ahora enfrentándose a nuevas responsabilidades.

En proporción a los obstáculos que han de vencer, así crecen en la virtud las grandes almas, para lo cual Dios nunca falta con su gracia, principalmente cuando es implorada con confianza.

Este es el caso de Dña. Lucilia, a quien su nueva situación le reportaría mayores progresos espirituales. No hubo nada que le indicara que el presagio hecho por el Dr. Antonio acerca de su fallecimiento ese mismo año se cumpliría con tanta exactitud. La estima que le profesaba a su bondadoso padre, sumada a las apariencias de una salud normal reflejadas en la fisonomía de éste cuando partió hacia Santos, no permitieron que el discernimiento de Dña. Lucilia previera su muerte en aquella ocasión.

De ahí en adelante, pondrá un especial empeño en que los males inesperados jamás la cogieran desprevenida. La solidez en la práctica de esa virtud debe haberle costado un gran esfuerzo de alma a Dña. Lucilia, pues no hay nada que más desagrade al espíritu humano que considerar de cara las eventuales tragedias que puedan sobrevenir. ✧

Extraído, con adaptaciones,
de: *Doña Lucilia*.
Città del Vaticano-Lima:
LEV; Heraldos del Evangelio,
2013, pp. 111-113.



Conforme iba pasando la luctuosa fila de carruajes, más Dña. Lucilia sentía que le faltaban las fuerzas para darle el último adiós a su querido padre

Cortejo fúnebre en São Paulo, en la época en que falleció el Dr. Antonio Ribeiro dos Santos. En el destacado, retrato del Dr. Antonio, y en la página anterior, Dña. Lucilia en 1906



¹ Del francés: Marcharse es morir un poco.

² Del francés: Morir es marcharse para siempre.

Más de 40 000 familias se consagran a la Santísima Virgen



Caieiras

Leandro Souza

En la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, celebrada el 8 de septiembre, más de 40 000 familias brasileñas iniciaron el curso virtual de consagración a Jesús por medio de María, disponible gratuitamente en la plataforma de formación católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio, e impartido por el P. Ricardo Basso, EP (arriba, en el destacado). Por fin, el 12 de octubre, solemnidad de Nuestra Señora Aparecida, patrona de Brasil, esas familias pudieron hacer la consagración en una ceremonia en la que la presencia sobrenatural de la Santísima Virgen fue palpada por todos. La mayoría de los participantes se consagraron en sus hogares, durante la Misa celebrada por el P. Ricardo en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras, y retransmitida en directo por el canal Heraldos del Evangelio de YouTube. Más de 2000 familias, no obstante, tuvieron la oportunidad de acudir a las ceremonias presenciales realizadas en las capillas, oratorios e iglesias de los Heraldos del Evangelio en las ciudades de

Belo Horizonte, Brasília, Caieiras, Cuiabá, Campo Grande, Campos dos Goytacazes, Cariacica, Cotia, Fortaleza, Joinville, Juiz de Fora, Lauro de Freitas, Maringá, Montes Claros, Moreno, Nova Friburgo, Piraquara, Ponta Grossa, São Carlos y Ubatuba. En Río de Janeiro, el acto tuvo lugar en la iglesia de San José da Lagoa.

Los vivos comentarios de los participantes dieron un testimonio elocuente de la índole de gracias alcanzada durante el curso y las ceremonias. Muchos afirman con convicción que desde aquel día se sienten verdaderamente hijos y esclavos de amor de Nuestra Señora, hasta el punto de que sus vidas, actitudes y pensamientos no tienen otro fin que el de estar conforme a Ella y no desear otra cosa que la unión con Dios, por medio de su Madre Santísima.

Este ha sido el primer grupo del curso de consagración, de una serie que se realizará a lo largo de los próximos meses en la plataforma Reconquista.



Campo Grande



Moreno

Rodrigo de Aguiar

Diego Maciel





Fotos: Alejandro López



Grecia – Con ocasión de los 450 años de la batalla de Lepanto, ocurrida el 7 de octubre de 1571, un sacerdote de los Heraldos del Evangelio celebró la Santa Misa a bordo de una pequeña embarcación en las aguas del golfo de Corinto, lugar donde se desarrolló aquel combate naval, decisivo para la cristiandad.

Fotos: Lucio Alves



Portugal – Con motivo del mes del Rosario, los Heraldos portugueses visitaron el asilo Hogar San José, con la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María (a la derecha), y la Unidad de Cuidados Continuados San Rafael, donde fue celebrada la Santa Misa (a la izquierda). Ambas entidades pertenecen a la Santa Casa de Misericordia de Montijo.

Fotos: Esther Pinales



Brasil – El 9 de octubre, misioneras de los Heraldos del Evangelio visitaron la parroquia San Francisco Javier, en la zona norte de São Paulo, a fin de dar una conferencia sobre el Rosario, con escenificaciones teatrales, para los niños de la catequesis. También se rezó el Rosario y hubo Misa.



Fotos: Álvaro Tavera

Colombia – El 14 de octubre, los Ingenieros Militares del Ejército se consagraron a la Virgen de Fátima en Bogotá. Siete generales, numerosos oficiales y soldados, así como sus familiares, participaron en la Santa Misa. A continuación, todos fueron en cortejo con una imagen de Nuestra Señora hasta la sede del Comando, donde fue entronizada.



Fotos: María Clara Cheesman

Guatemala – Misioneras de los Heraldos del Evangelio visitaron, en octubre, el Asilo Margarita Cruz Ruiz (a la izquierda) y el Orfanato Valle de los Ángeles (a la derecha), en el cual residen cerca de 175 niñas y jóvenes, llevando la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María.



Fotos: José Luis de Zayas

Brasil – El párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, de Itaquaquetuba, invitó al coro y orquesta del seminario mayor de los Heraldos para abrillantar la solemnidad de la patrona de Brasil, el 12 de octubre. Al final de la Misa se llevó a cabo una procesión por las calles adyacentes, con el rezo del Rosario y cantos religiosos.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

en un laboratorio especializado antes de ser puesto en exhibición.

Imagen de Santa Teresa de los Andes peregrina por Santiago

Durante el mes de octubre, una imagen de Santa Teresa de los Andes de tamaño natural peregrinó por parroquias, capillas y colegios de Santiago de Chile, donde fue acogida con alegría, sobre todo, por la juventud. Patricia Mora, encargada de la actividad en la archidiócesis, explicaba que la peregrinación quería destacar el profundo amor a Dios vivido por la carmelita.

El P. Sebastián Martínez, rector del Liceo Leonardo Murialdo, comentaba que «la visita fue ocasión de oración y de proponer la santidad como un camino concreto». Y añadía: «Los jóvenes tienen deseo de participar, y se dejan interpelar y desafiar. La visita de la Teresita misionera fue para ellos una instancia de propuesta de los valores del Evangelio por los cuales vale la pena jugarse la vida».

Ataques de vandalismo religioso en Estados Unidos suman ya un centenar

Según el Comité para la Libertad Religiosa de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (USCCB), desde mayo de 2020 —cuando el comité empezó a rastrear

incidentes de incendios provocados y otras destrucciones— se han registrado un centenar de ataques vandálicos contra edificios y monumentos católicos en ese país. En el pasado mes de octubre, por ejemplo, desconocidos pintaron grafitis satánicos y mensajes de odio a la religión en las paredes de la catedral basílica de la Inmaculada Concepción en Denver, Colorado, poco antes de la Misa dominical.

«Estos incidentes de vandalismo han variado de lo trágico a lo obscuro, de lo transparente a lo inexplicable. Hay mucho desconocimiento sobre este fenómeno, pero, como mínimo, indica que nuestra sociedad tiene una gran necesidad de la gracia de Dios», señala un comunicado emitido por el cardenal Timothy Dolan, arzobispo de Nueva York y presidente del Comité de Libertad Religiosa, y Mons. Paul S. Coakley, arzobispo de Oklahoma City y presidente del Comité de Justicia Doméstica y Desarrollo Humano de la USCCB.

Nuevos Beatos para la Santa Iglesia: 127 mártires de Córdoba

En octubre, el cardenal Marcello Semeraro, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, beatificará en la catedral de Córdoba, España, a 127 mártires de la persecución anticatólica de 1936. El grupo está compuesto por setenta y nue-

Hallada intacta una espada del tiempo de las Cruzadas

En la costa mediterránea de Haifa, cerca del monte Carmelo, fue encontrada una espada de más de un metro de largo, cubierta por conchas y organismos marinos. Shlomi Katzin se hallaba practicando buceo recreativo a 150 metros de la playa cuando vio el arma junto con otros objetos, incluyendo anclas de metal y fragmentos de cerámica.

Por sus ensenadas naturales, esa zona servía de refugio para antiguas embarcaciones y se presume que el arma fuera de un cruzado que llegó a Tierra Santa hace 900 años, como declara Nir Distelfeld, inspector de la Unidad de Prevención de Robos de la Autoridad de Antigüedades de Israel: «La espada, que se ha conservado en perfectas condiciones, es un hallazgo hermoso y raro y evidentemente perteneció a un caballero cruzado». El objeto será limpiado y examinado



Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG




Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



El Cristo Redentor cumple 90 años



Thiago Tamura

El mayor icono religioso de Brasil, el Cristo Redentor, cumplió 90 años el pasado 12 de octubre. Erigida en la cima del Corcovado, en Río de Janeiro, la imagen se encuentra a más de 700 metros sobre el nivel del mar y pesa 1145 toneladas. Fue elegida en 2007 como una de las Siete Maravillas del Mundo Moderno y, sólo en 2019, la visitaron 2,4 millones de personas.

Acerca del simbolismo de este grandioso monumento para Brasil, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, que asistió a su inauguración el 12 de octubre de 1931, comentó en una ocasión:

«No puedo olvidar una noche en Río de Janeiro, cuando la niebla que se elevaba del mar rodeaba la estatua del

Cristo Redentor en el Corcovado. Habiendo solamente una luz fija sobre una silueta, o sobre una mano que bendice, o un corazón que palpita de amor, o un rostro que contempla lleno de solicitud, en ningún momento logró la niebla apagar la figura del Redentor. Esa es la fe con la que caminamos hacia el futuro, cualesquiera que sean las circunstancias. Pudiera ser que las pruebas muy difíciles nublen a nuestros ojos las perspectivas de la victoria; puede ocurrir que circunstancias imprevistas nos traigan problemas que hoy aún no son nuestros. Más allá de las nieblas, más allá de todo lo que puede nublar la verdad, en el horizonte visual del brasileño hay algo que nada borra: la imagen del Cristo Redentor, la fe en Nuestro Señor Jesucristo. ¡Y esa fe nos salvará!».

ve sacerdotes, cinco seminaristas, tres religiosos, una religiosa y treinta y nueve laicos, todos asesinados en odio a la fe por el bando frentepopulista.

El postulador de la causa, el P. Miguel Varona, explicó las circunstancias y el sentido religioso de su martirio. «Tenemos 127 hermanos en el Cielo —así lo reconoce la Iglesia, Beatos por martirio— que se convierten en nuestros intercesores, compañeros de camino y modelos para este tiempo que está viviendo la Iglesia», declaraba el sacerdote.

Un millón de niños rezan el Rosario por un mundo mejor

La fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada (ACN) reeditó, en octubre pasado, la campaña *Un millón de niños rezando el rosario*, que busca unir a la infancia de los cinco continentes para pedir a Dios

por el mundo. La iniciativa contó con el apoyo del Santuario y Apostolado Mundial de Fátima y con la participación de niños de cuarenta y cuatro países.

Este año la campaña se centró en la figura de San José, ya que se conmemoran 150 años del decreto con el que el Papa Pío IX lo declaró Patrón de la Iglesia Universal. El cardenal Mauro Piacenza, presidente de la ACN Internacional, afirmó que San José «es un gran ejemplo para nosotros de cómo Dios puede convertir todas las cosas en bien, a través de nuestra oración, nuestra fidelidad y nuestra obediencia a su Palabra».

África y Asia: una esperanza para la Iglesia

Con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones, la Santa Sede

publicó el Anuario Estadístico de la Iglesia, con datos de 2019. Según las cifras presentadas, mientras que África es el principal continente beneficiario del crecimiento de la Iglesia, con 8 millones de nuevos católicos, Europa tiene 292 000 menos.

Por otra parte, se ha registrado una disminución del número de obispos y entretanto el de sacerdotes ha aumentado. Este incremento procede de África y Asia, que han dado a la Iglesia 3638 nuevos presbíteros.

El prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos comentó que en estos últimos años se había visto, en términos de proporción y porcentaje, un aumento de bautismos e ingresos en el seminario o en la vida religiosa en Asia, aunque el número de católicos sea todavía relativamente pequeño en el continente.

En busca de la oveja perdida



¡Bethel había desaparecido! Mientras buscaba auxilio, Hanna escuchó flautines, tambores y voces resonando con una alegría fuera de lo común. ¿Qué estaría ocurriendo?



María Auxiliadora Boldori Lima

Diciembre, los rayos del astro rey calientan los verdes campos del prado de la Estrella, donde un numeroso rebaño pasta, guiado por una simpática jovencita llamada Hanna. Hija de Pedro, experto pastor, tenía 12 años, pero desde los 7 su padre venía instruyéndola en el arte de guiar ovejas. Era alta, delgada y llevaba el habitual velo sobre la cabeza, que enmarcaba su fisonomía siempre alegre. Le gustaba vestir una túnica verde clara, con una faja lila a la cintura y delantal del mismo color que su velo.

Para Hanna, su trabajo no le era penoso. Conocía a cada ovejita como la palma de su mano: sabía qué tipo de pasto le gustaba a cada una, animaba a las perezosas, sabía cómo acelerar la marcha o frenarles el paso, e incluso las llamaba por su nombre. Y su rebaño no era pequeño: contaba con ciento doce cabezas, incluyendo la última que había nacido, cuyo nombre era Bethel.

A su vez, las ovejas conocían muy bien a su esmerada pastora, parecía que la entendían y la distraían durante las largas tardes que pasaba en el campo.

De regreso a su casa, Hanna recogía el rebaño en el redil, cerciorándose de que ningún animal estuviera faltándole.

En una ocasión, cuando el sol ya se despedía lentamente dando paso a las estrellas, Hanna comenzó la revista de su «tropa»:

—¡Agnus!

—Béee.

—¡Sarah!

—Béee, béee.

—¡Bethel!

Silencio...

—¡Bethel! ¿Bethel? —ningún baido se escuchó.

Esta ovejita aventurera solía alejarse del conjunto en busca de piedras y otros obstáculos que pudiera saltar... Y esta vez fue demasiado lejos.

«¡Bethel se ha perdido! He perdido a mi oveja más frágil... ¡Oh Yahvé! ¿Qué va a pensar papá? Ciertamente se enojará. Y la Bethelcita, en la oscuridad, a solas, a merced de los hambrientos lobos...», pensaba Hanna mientras corría aprensiva en busca del auxilio paterno.

Cerca ya de casa, escuchó flautines, tambores y voces que sonaban con una alegría fuera de lo común.

«¿Qué estaría ocurriendo? ¿Habrían encontrado a la oveja perdida?».

Al entrar reparó que el lugar estaba lleno de gente: pastores de varias regiones se encontraban allí preparándose con entusiasmo para emprender una jornada, cuando, en realidad, el horario invitaba a un anhelado descanso... «¿Qué es lo que sería tan importante?», se preguntaba la niña, sin comprender nada.

—¡Hanna! ¡Aleluya! ¿Estás preparada para el encuentro? Todos te estaban esperando.

Le decía Isabel, su gran amiga, que se acercó a ella.

—¿Encuentro?! Yo estoy buscando... —respondió la joven pastora.

—¿Acaso eres el único habitante de Belén que ignoras la buena noticia?

—¿Qué buena noticia?

—Hanna, ¡el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, se ha compadecido de su pueblo! El ángel del Señor se nos ha aparecido diciendo: «Os anuncio una gran alegría: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor». ¡Las promesas se han cumplido!

—¿De verdad? ¿El esperado de las naciones ha bajado, por fin, a la tierra?

—¡Sí! Y podemos rendirle reverencia. Vamos, que ya es hora de marchar.

Entonces los pastores iniciaron su camino, sin mapa ni guía, solamente con fe en las palabras del ángel e inflamado deseo de contemplar al Mesías. La comitiva anduvo, anduvo y anduvo, entre «glorias» y «aleluyas», hasta avistar en la cima de una colina una gruta muy iluminada. «¡Seguramente está allí!», pensaron todos.

En ese instante, sin embargo, Bethel —la oveja perdida— vino a la memoria de Hanna. Enseguida se acordó del pasaje de Isaías: «Andábamos como ovejas extraviadas». Y meditaba en su corazón: «Así somos nosotros, más que la pobre Bethlecita. Pero Dios no nos ha abandonado, pues nació el Salvador de ...»

—¡Béeé!

«Ese balido me resulta familiar... ¡Parece que es de mi Bethel!». Hanna se puso a mirar por todas partes y, de hecho, vio un bulto que subía en dirección a la gruta. Se apresuró, llena de esperanza, a fin de alcanzarla, pero, estando aún a cierta distancia, he aquí que un hombre cogió a la ovejita y se perdió en la oscuridad de la noche.

—¡Oh, no! Estoy segura de que era Bethel. ¡Pertenece a mi rebaño! —gritó la pastorcita.

Pedro, su padre, al percibir lo que pasaba, le advirtió:

—Hija mía, ¡adelante! Debemos saber sacrificar lo bueno por lo óptimo. Dios te recompensará el renunciar a tu ovejita. ¡El Mesías nos espera!

Ya a las puertas del lugar —que más se asemejaba a una catedral, de tanta bendición como flotaba en el ambiente— los piadosos campesinos se aglomeraban, llenos de veneración y respeto.



Ilustraciones: Elizabeth Bonyun

Hanna vio bien cerca del Niño Jesús a su querida ovejita

—¿Le veremos? —susurró un pastor.

—¡Chsss! Esperemos —respondió otro.

Entonces del interior de la gruta sale a su encuentro un varón noble, distinguido y muy paternal, digno hijo de David, el cual les dijo con singular afecto:

—Hijos míos, ¡ya os esperábamos! María, mi esposa os pide que tengáis la bondad de entrar. ¿Queréis?

Atónitos y eufóricos, los pastores ingresaron en la gruta.

Hanna dio una mirada más alrededor antes de entrar, ante la expectativa de encontrar a Bethel.

—Pequeña mía, ¿quieres ver al Niño Jesús? —le dijo el santo patriarca.

Aquella voz majestuosa y desbordante de cariño resonaba en Hanna como una música, una invitación a la confianza.

Pobre Templo de Jerusalén... Aquellas piedras frías superaban cualquier palacio. Los que allí adentran

se sumergían en una atmósfera de admirativa alegría y sublime recogimiento, fruto de uno de los mayores misterios de nuestra fe, la Encarnación de Jesucristo.

En el centro de la gruta estaba una mujer toda ella hecha de serenidad, María Santísima, contentísima de poder tener en sus brazos al Dios a quien podía llamar «Hijito». Los pastores se encontraban arrodillados alrededor de la madre y del recién nacido; menos Hanna, que fue la última en entrar.

Nuestra Señora posó su mirada sobre ella y, con un gesto, la llamó a su lado. Cogiendo la mano de Hanna, hizo que acariciara a su bebé que dormía. En ese momento el divino Infante, abriendo los ojitos, vio a la niña y le sonrió. Entonces, sacando la mano de dentro de

la manta que lo calentaba, le señaló su lado izquierdo.

¡Oh sorpresa! Hanna vio bien cerca del Niño a su ovejita Bethel, puesta allí por el patriarca San José.

En nuestra historia, así fue cómo la pastorcita encontró su oveja extraviada. En la realidad, no obstante, Hanna y toda la humanidad desviada por el pecado son las ovejas perdidas que el Buen Pastor encontró y rescató, al asumir nuestra débil naturaleza. ✧



Cada uno de nosotros es como la oveja perdida que el Buen Pastor rescató

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Eloy, obispo (†660). Orfebre de Limoges, Francia, y consejero del rey Dagoberto I. Ingresó en la vida religiosa y fundó varios monasterios antes de ser elegido obispo de Noyon.

2. Beata María Ángela Astorch, abadesa (†1665). Fundó conventos de Clarisas Capuchinas en las ciudades de Zaragoza y Murcia, España.

3. San Francisco Javier, presbítero (†1552 Shangchuan - China).

San Sofonías, profeta. En los días de Josías, rey de Judá, anunció la ruina de los impíos y a los débiles los robusteció con la esperanza de la salvación.

4. San Juan Damasceno, presbítero y doctor de la Iglesia (†c. 749 Mar Saba - Israel).

San Juan el Taumaturgo, obispo (†s. IX). Defendió empeñadamente el culto de las sagradas imágenes, enfrentando al emperador iconoclasta León el Armenio.

5. II Domingo de Adviento.

Santa Crispina Tagorense, mártir (†304). Madre de familia degollada en Tébesa, Argelia, al rechazar sacrificar a los ídolos en tiempo de Diocleciano y Maximiano.

6. San Nicolás, obispo (†s. IV Mira - Turquía).

Santa Dativa y compañeros, mártires (†s. V). En la África septentrional, padecieron atroces sufrimientos durante la persecución promovida por el arriano Hunerico, rey de los vándalos.

7. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia (†397 Milán - Italia).

San Atenodoro, mártir (†c. 304). Fue torturado por el

fuego y otros suplicios en tiempo del emperador Diocleciano, en Siria.

8. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

Santa Narcisa de Jesús Martillo Morán, virgen (†1869). Joven costurera ecuatoriana que, tras una vida de intensa oración y penitencia, fue admitida en el convento dominico del Patrocinio, de Lima, Perú.

9. San Juan Diego Cuauhtlatotzin (†1548 Ciudad de México).

Santa Gorgonia, madre de familia (†c. 370). Hija de Santa Nona y hermana de San Gregorio Nacianceno y San Cesáreo. Dio ejemplo de vida sobria y piadosa y de generosidad para con los pobres.



Martirio de Santo Tomás Becket
Catedral de Nuestra Señora,
Bayeux (Francia)

10. Bienaventurada Virgen María de Loreto.

Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir (†c. 304 Mérida - España).

San Juan Roberts, presbítero y mártir (†1610). En su juventud se convirtió al catolicismo, ingresó en la Orden Benedictina en Valladolid, España, de donde marchó como misionero a Inglaterra. En el reinado de Jaime I fue descubierto y ahorcado.

11. San Dámaso I, Papa (†384 Roma).

Santa María Maravillas de Jesús, virgen (†1974). Religiosa carmelita, hija del marqués de Pidal, embajador de España ante la Santa Sede. Fundó varios monasterios en España y en la India.

12. III Domingo de Adviento - Domingo «Gaudete».

Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América Latina.

San Israel de Dorat, presbítero (†1014). Hombre de gran cultura, fue nombrado vicario general del obispo de Limoges, Francia, al cual ayudó mucho en la predicción del Evangelio.

13. Santa Lucía, virgen y mártir (†c. 304/305 Siracusa - Italia).

Santa Otilia, virgen (†s. VII). Primera abadesa del monasterio de Hohenburg, Francia, fundado por el duque Aldarico, su padre.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y doctor de la Iglesia (†1591 Úbeda - España).

San Nicasio, obispo (†407). Fue asesinado por los paganos en la puerta de la basílica que había edificado en Reims, Francia.

15. Santa Virginia Centurione Braccelli, viuda (†1651). Fundó y dirigió

la Obra de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio en Monte Calvario, de Génova, Italia.

16. Santa Adelaida, emperatriz (†999). Esposa del emperador del Sacro Imperio Otón I, se distinguió por mostrar gran caridad hacia los indigentes y por construir iglesias y monasterios.

17. San Judicael (†c. 650). Rey de Bretaña, restableció la concordia entre bretones y francos y, tras abdicar del trono, pasó el resto de su vida en el monasterio de Saint-Méen, Francia.

18. Beata Nemesia Valle, virgen (†1916). Miembro del Instituto de las Hermanas de la Caridad de Santa Juana Antida Thouret, se dedicó generosamente a la formación y dirección de la juventud. Falleció en las proximidades de Turín, Italia.

19. IV Domingo de Adviento.

San Anastasio I, Papa (†401). Varón de insigne pobreza y apostólica solicitud, se opuso firmemente a las doctrinas heréticas.

20. Santo Domingo de Silos, abad (†1073). Tras haber sido ermitaño, restauró el monasterio benedictino de Silos, España, que se encontraba casi en ruinas, restableciendo en él la observancia y la práctica de la alabanza divina.

21. San Pedro Canisio, presbítero y doctor de la Iglesia (†1597 Friburgo - Suiza).

San Miqueas, profeta. En los días de Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, defendió con su predicación a los oprimidos, condenó la idolatría y las perversidades, y anunció al pueblo elegido la llegada de aquel que nacería en Belén y apacentaría a Israel.

22. Beato Tomás Holland, presbítero y mártir (†1642). Jesuita condenado a la horca, en tiempo de Carlos I, por ejercer su ministerio sacerdotal en Inglaterra.

23. San Juan de Kety, presbítero (†1473 Cracovia - Polonia).

Santa María Margarita de Youville, religiosa (†1771). Educó piadosamente a sus dos hijos, encauzándolos hacia el sacerdocio. Fundó la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Montreal.

24. Santos antepasados de Jesucristo. Patriarcas y justos elegidos por Dios para formar parte del linaje del cual nacería el Mesías prometido.

25. Solemnidad de la Natividad del Señor.



Santa Otilia - Capilla de Nuestra Señora del Buen Socorro, Sainte-Croix-aux-Mines (Francia)

Santa Eugenia, mártir (†s. III IV). Martirizada en Roma.

26. Fiesta de la Sagrada Familia: Jesús, María y José.

San Esteban, diácono y protomártir.

San Dionisio, Papa (†268). Después de la terrible persecución de Valeriano, procuró consolar a los cristianos, rescatar a los cautivos y reconducir a los que se habían desviado.

27. San Juan, apóstol y evangelista.

Santa Fabiola, viuda (†400). De noble familia romana, aplicó sus riquezas a favor de los pobres, fundó un hospital y se dedicó a una vida de oraciones y penitencia.

28. Los Santos Inocentes, mártires.

San Antonio de Lérins, monje (†c. 520). Tras muchos años de vida eremítica, terminó sus días en el monasterio de Lérins, Francia.

29. Santo Tomás Becket, obispo y mártir (†1170 Canterbury - Inglaterra).

Santa Benedicta Hyon Kyongnyon, viuda y mártir (†1839). Catequista coreana decapitada tras sufrir muchos suplicios por causa de Cristo.

30. Beato Juan María Boccardo, presbítero (†1913). Fundó la Congregación de las Hermanas Pobres Hijas de San Cayetano, en Pancalieri, Italia.

31. San Silvestre I, Papa (†335 Roma).

Santa Catalina Labouré, virgen (†1876). Religiosa de las Hijas de la Caridad, de París, recibió las revelaciones de Nuestra Señora de las Gracias. Fue modelo de caridad y paciencia.

¿A la derecha o a la izquierda de Jesús?

Ante la seria realidad del Juicio, ¿en qué categoría de almas, querido lector, encaja usted? ¿Está incluido entre el número de las buenas ovejas o forma parte del redil de las cabras rebeldes?

Bruna Almeida Piva



Tnmensos y verdísimos pastos poblados de rebaños, ora de carneros, ovejas y corderos, ora de bueyes o de cabras: he aquí el curioso escenario que a menudo se contempla lejos de las grandes ciudades.

Estos animales poseen algo especial que los lleva a ser citados por el Redentor en sus parábolas, destinadas a la instrucción de los hombres de toda la Historia.

Conocidas por su docilidad y obediencia a la voz del pastor, las ovejas

fueron creadas por Dios como figura de las almas justas. De hecho, al igual que esas encantadoras criaturas que se alegran de estar cerca de su guía y de oír sus órdenes —que le garantizan seguridad y alimentación—, los verdaderos hijos de la luz buscan la saludable presencia del Señor, se nutren de su gracia y se complacen en someterse a las enseñanzas de la Santa Iglesia. A estos nunca les morderán los «lobos» de las tentaciones ni les sorprenderá el «denso bosque» de los pecados mortales.

Las cabras, en cambio, son de otra índole... Poco obedientes, se divierten huyendo de sus pastores y aventurándose en sitios desconocidos. Algunas especies que habitan en las montañas se pasan el día arriesgándose, saltando por rocas escarpadas sobre despeñaderos espantosos. Muestran ser el símbolo de las almas pecadoras que constantemente ponen en riesgo su salvación eterna, viviendo relajadas y sin tomar precauciones en medio de las tram-



Willtron (CC by-sa 3.0)

Si es usted un «alma oveja», íregocíjese! Su vida será siempre bendecida bajo el amparo y protección constantes del Buen Pastor

Ovejas en el barranco del Boj, Pirineo aragonés (España)



Reproducción

pas del demonio,
del mundo y de la carne. Se jactan de estar alejadas de las predicaciones, de los sacramentos y de la vida de la Iglesia; por lo tanto, de los dulces cuidados de Jesús, el Divino Pastor.

Así, no está desprovista de razón la distinción entre unos anima-

les y otros que señala el Evangelio: «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él, [...] serán reunidas ante Él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda» (Mt 25, 31-33).

Ante esta seria realidad, ¿en qué categoría de almas, querido lector, encaja usted? ¿Está incluido en el número de las buenas ovejas o forma parte del redil de las rebeldes cabras?

Si es usted un «alma oveja», ¡regocijese! Bajo el amparo y protección constantes del Salvador, su vida será siempre bendecida: no le faltará ningún bien y en los días de tribulación Él mismo será su guía. Será usted heredero de la promesa del Señor: «Les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano» (Jn 10, 28). A la vista de esto, ríndale gracias por tal dádiva y ruéguele que le conserve en esa buena disposición.

Pero si, con tristeza y arrepentimiento, usted constata que pertenece al grupo de las cabras, hoy quiero transmitirle un mensaje de confianza.

Entre los favores otorgados por la Providencia en el momento de nuestro Bautismo, ninguno se compara al hecho de ser hijos de la Santísima Virgen. Ella es Madre de Misericordia para con los hijos de la Iglesia, sean justos o culpables; y así como sustenta a aquellos, reza por estos, atrayéndolos hacia las vías de la santidad.

El que desee abandonar el camino del mal, que recurra a la infalible intercesión de María, poderosísima Pastora de los elegidos. Sus desvelos maternos corrigen cualquier «cabriñez» y revisten al pecador de las cualidades de la oveja. Bajo su amparo se puede pasar fácilmente de la izquierda a la derecha de Jesús y, en consecuencia, estar a salvo el día del Juicio.

Estemos entre el número de las «ovejas» o el de las «cabras», no perdamos tiempo: así como esas dos criaturas, cada cual a su manera, glorifican al Creador con su existencia, alabemos también a quien nos ha redimido. Que la perseverancia de los fieles proclame la fuerza de la gracia divina y que las miserias de los débiles enaltezcan la omnipotente misericordia de Dios y de María. ✧



Jirí Bubeniček (CC by-sa 4.0)

Pero si, con tristeza y arrepentimiento, usted constata que pertenece al grupo de las cabras... hoy quiero transmitirle un mensaje de confianza

Cabras alpinas. Arriba, Cristo Juez, por Fra Angélico - Catedral de Orvieto (Italia)



La rodeó de lujo y esplendor

Habiendo vivido en tiempo de Constantino, San Silvestre fue el Papa a quien le cupo presidir la transformación resultante del hecho de que la Iglesia dejara de ser perseguida para ser reina, abandonar las catacumbas y empezar a ocupar palacios.

Fue el pontífice que acompañó el paso de la Iglesia hacia afuera de las catacumbas como un sol naciente. Bajo sus directrices e inspiración se inició la obra por la cual la Iglesia fue siendo rodeada de un lujo y un esplendor que reparaba los años de innecesaria miseria pasados en las catacumbas.

Plinio Corrêa de Oliveira

San Silvestre - Catedral de Notre Dame,
París; al fondo, Basilica de San Juan de
Letrán, Roma